

RESEÑA
HISTÓRICO-FILOSÓFICA
DEL GOBIERNO
DE D. MANUEL MONTT,

POR

Martin Palma.



Santiago de Chile,

IMPRESA NACIONAL, CALLE DE LA MONEDA, N.º 43.

— Abril de 1862. —

RESEÑA HISTÓRICO-FILOSÓFICA
DEL
GOBIERNO DE DON MANUEL MONTT.

INTRODUCCION.

Cuando vemos enarbolarse el estandarte del odio, no es extraño que el frenesí de la calumnia impere, i que los acentos de la verdad se pierdan en medio de la algazara de la difamacion.

Cuando no se ve mas que el resentimiento ni se tiene otro objeto que la venganza, piérdese poco a poco la imparcialidad que dirige al juicio i la razon que nos lleva hácia la equidad.

I cuando este torrente de malas pasiones se difunde, desde el círculo de una sociedad privada hasta la plaza pública, i desde las elucubraciones de algunos individuos hasta las pájinas de los libros i las hojas de los periódicos, i aun hasta la Sala de los Tribunales, es mui difícil contenerlo; pero la justicia es tanto mas hermosa cuanto mas perseguida, i tanto mas valiente el que la practica, quanto mas males ella le acarrea.

Si nos fuera dado conocer la sublimidad que existe en el perdon, la dulzura que encierra la induljencia i la grandeza de alma que hai en la práctica de la justicia, sabríamos disculpar las humanas flaquezas i perdonar a nuestros enemigos: practicaríamos la grande i humanitaria lei del Cristo que implica i comprende el imperecedero código que rejir debiera a la especie, i el dogma sagrado i único que proporciona al hombre la sociabilidad del hombre, que hace agradables sus relaciones, comunes sus goces, livianos sus pesares, fácil su progreso i accequible i solidaria la dicha individual i la dicha pública, la felicidad del uno i del todo, del conjunto i la parte.

Pero desgraciadamente el espíritu de la venganza se enseñorea entre nosotros i solo escuchamos con placer la sátira que ofende, el sarcasmo que insulta, el dardo emponzoñado de la difamacion que mata i las imprecaciones del odio que emponzoñan a la sociedad, llegando al extremo de ser considerada como un timbre de gloria la desvergüenza soez, i como una enseña de independencia, de franqueza, de superioridad i aun de jenio, el que en un número menor de líneas se haya tenido el talento de aglomerar un mayor número de insultos: esta es la triste, pero no ménos real condicion en que se encuentra el país.

I sin embargo, esos que arrojan brulotes incendiarios dicen que desean la paz! Esos que insultan sin piedad al caido hablan mucho de conciliacion! I esos que solo respiran venganzas nos aturden con su mansedumbre! Como si fuera posible que la guerra trajera el reposo, la ofensa la conciliacion i el odio criminal la suave tranquilidad de la virtud!....

Nuestro propósito, por el contrario, lleva una idea mui distinta, pues solo tenemos en vista la justicia; sin embargo, sabemos de antemano que no agradaremos a nadie, o que mas bien, nos conciliaremos el disgusto de todos; pero

Si nos fuera dado conocer la sublimidad que existe en el perdon, la dulzura que encierra la induljencia i la grandeza de alma que hai en la práctica de la justicia, sabríamos disculpar las humanas flaquezas i perdonar a nuestros enemigos: practicaríamos la grande i humanitaria lei del Cristo que implica i comprende el impercedero código que rejir debiera a la especie, i el dogma sagrado i único que proporciona al hombre la sociabilidad del hombre, que hace agradables sus relaciones, comunes sus goces, livianos sus pesares, fácil su progreso i accequible i solidaria la dicha individual i la dicha pública, la felicidad del uno i del todo, del conjunto i la parte.

Pero desgraciadamente el espíritu de la venganza se enseñoorea entre nosotros i solo escuchamos con placer la sátira que ofende, el sarcasmo que insulta, el dardo emponzoñado de la difamacion que mata i las imprecaciones del odio que emponzoñan a la sociedad, llegando al extremo de ser considerada como un timbre de gloria la desvergüenza soez, i como una enseña de independencia, de franqueza, de superioridad i aun de jenio, el que en un número menor de líneas se haya tenido el talento de aglomerar un mayor número de insultos: esta es la triste, pero no ménos real condicion en que se encuentra el país.

I sin embargo, esos que arrojan brulotes incendiarios dicen que desean la paz! Esos que insultan sin piedad al caido hablan mucho de conciliacion! I esos que solo respiran venganzas nos aturden con su mansedumbre! Como si fuera posible que la guerra trajera el reposo, la ofensa la conciliacion i el odio criminal la suave tranquilidad de la virtud!....

Nuestro propósito, por el contrario, lleva una idea muy distinta, pues solo tenemos en vista la justicia; sin embargo, sabemos de antemano que no agradaremos a nadie, o que mas bien, nos conciliaremos el disgusto de todos; pero

cuando uno se propone escribir una reseña histórica, no debe hacer jamás del libro una diatriba hiriente, sino una enseñanza provechosa; i sus páginas, es preciso que no contengan la hiel de los resentimientos o el incienso de la adulacion, la alabanza caprichosa i venal o la acusacion injusta i premeditada, sino la verdad descrita con imparcialidad i buena fé; aunque esa imparcialidad i esa buena fé son las que mas desagradan a los partidos.

En nuestra opinion, los sacudimientos sociales deben ser mas bien un estudio para aprender que una arma para herir, un cuadro en que se dibujen los hechos i no un blanco al que se dirijan los tiros; i los hombres que han figurado en ellos, deben ser considerados en sus actos como una especie de deducion que nos lleve a un principio, o como una especie de análisis que nos demuestre de una manera clara las causas i efectos que se han sucedido en tal o cual época, para arribar al conocimiento de lo que daña a los pueblos i de lo que les aprovecha; i bajo ningun aspecto como enemigos irreconciliables a quienes es preciso perseguir o destruir.

En nuestras sociedades, necesita el pueblo de mas virtudes que en los países monárquicos, porque teniendo por principio i por sistema, por deber i por norma a la igualdad i a la libertad, nos es indispensable, no solo la justicia, sino tambien la induljencia; pues sin ella los vínculos de la sociedad se rompen, i los furores de la anarquía prevalecen, es decir, que la igualdad se transforma en despotismo i la libertad en licencia, siendo esta la razon porque el estado normal de nuestros países es: o la esclavitud o la revuelta, o la apatía que anonada i envilece o el furor sanguinario que perturba i destruye.

Pero los medios que se emplean ¿pueden acaso producir la concordia? I si la concordia no existe ¿tendremos la armonía? ¿Tendremos la tranquilidad sin la cual no puede

darse el progreso?—I entónces, ¿por qué se sigue tan estraviada senda? Porqué en cada frase que se lleva al papel se estampa un insulto, i en cada palabra que se pronuncia se apercibe la hiel amarga de la ofensa mas cruel que puede hacerse al hombre?

Montt i Varas son hoi el blanco de los mas emponzoñados tiros i todos tienen actualmente la *valentía* de escupirles el rostro; pero no se dirá, al ménos por honra de nuestro país, que el sentimiento de justicia ha desaparecido de entre nosotros, i que no hai un solo hombre que tenga el arrojo de pararse de pié para contener esa lava ardiente de concentrados odios, corriendo aun el riesgo de ser envuelto en ellos.—¿I qué importa el peligro cuando la equidad habla a nuestra conciencia? Obedezcamos pues a la santa lei del deber, al mandato del patriotismo, para que los pueblos, a quienes pretenden amamantar con el odio, aprendan a ser induljentes, jenerosos i sobre todo justos, si es que se desea establecer la república que nunca hemos tenido i la libertad de que nunca hemos gozado.

Empero, ¿cuáles son las lecciones que se dan con ese fin, cuál es la enseñanza, cuál es la política del dia? Lo decimos con dolor: el insulto i la adulacion:—a los caidos no hai crimen ni bajeza que no se les impute, i a los que están en el poder no hai incienso i alabanza que no se les prodigue; i tan exajerado es lo uno como lo otro; pues ni los primeros son unos malvados para que se les crucifique, ni los segundos unos héroes para que se les adore: ni Montt ni Varas son Nerones o Calígulas, ni Perez ni García son Catones o Justinianos; de consiguiente, es preciso poner las cosas en su verdadero punto de vista, i sin ofender ni adular es necesario decir la verdad para que brille la justicia.

Nosotros hemos combatido con calor, pero sin virulencia, muchos de los actos de la administracion pasada, i hoi

nos proponemos defender a sus hombres; ¿habrá en esta conducta inconsecuencia? ¿Habríamos cambiado acaso de principios?—De ningún modo: las ideas que tuvimos ántes son las mismas que poseemos ahora; i lo que nos obligó a escribir en contra, es lo que nos hace hoy tomar la pluma en favor; pues si tuvimos justicia para criticar cuando obraba mal el Gobierno del señor Montt, tenemos la misma para censurar al partido opuesto cuando éste se estravía; i si tuvimos valor para oponernos contra los poderosos, no nos falta energía para colocarnos del lado de los débiles sin que por atacar a aquellos i defender a éstos faltemos nunca a la verdad.

Por otra parte, nosotros vamos solo a hacer una esposicion desapasionada i no a trabajar una defensa caprichosa: vamos a estudiar la razon que se deriva de los hechos i las consecuencias que nacen de los acontecimientos, para que los pueblos juzguen con equidad, para que los gobernantes pasados aprendan a conocer sus faltas o errores, i los gobernantes presentes i futuros vean donde se encuentran los escollos i eviten así los precipicios; pues si solo se dejan guiar del engañoso faro de la pasion, navegaremos siempre impulsados por el huracan del odio i la nave del Estado irá a zozobrar en el banco de la anarquía que ocasionará el atraso i la pérdida de nuestro país, cuya prosperidad ha sido minada por tanto desacierto.

Las recriminaciones exajeradas que se hacen a los hombres de la administracion pasada, las injustas acusaciones con que se les persigue i los insultos tan groseros que se les prodigan, nos han hecho escribir, como ya lo hemos dicho, esta especie de reseña histórica: ella no tiene otro mérito que la imparcialidad, ni otro fin que el que nuestros conciudadanos hagan a todos la debida justicia, sin dejarse llevar de ese furor de difamacion que se ha apoderado de un gran número de individuos: el odio no es el mejor con-

sejero, ni la venganza el mejor sistema, pues el uno nos ciega impidiéndonos distinguir la conveniencia que trae consigo la verdad, i el otro nos precipita en los abismos de la desgracia.

Examinemos, pues, los acontecimientos pasados i presentes con imparcialidad i buena fé, i entónces tendremos el derecho de ser jueces severos, pero jamás energúmenos atrevidos, pudiendo así criticar las acciones sin odiar a los hombres. Entre nosotros, por desgracia, no se conoce, ni se comprende, ni se aprecia la imparcialidad, pues tan solo existe el espíritu de partido: el que se ha afiliado a un bando mira como su enemigo al que está en el lado opuesto, no viendo en él sino los vicios que lo afean sin distinguir las virtudes que lo adornan; siendo este proceder el que estravía la conciencia pública i el que es causa de esas divisiones que tantos males han acarreado a nuestros pobres pueblos. Sin embargo, ya es tiempo que la imparcialidad i no el partido dirija nuestros juicios, pues es necesario que los actos i no los bandos nos enseñen la moralidad de los principios; por cuyo motivo vamos a entrar sin prevencion alguna en el exámen de los acontecimientos de la pasada administracion.

Los pelucones, sus ideas i su dominacion.

A pesar de haber tomado las antiguas colonias españolas el nombre de repúblicas i adoptado la forma de gobierno en que la soberanía del pueblo hace el derecho i constituye la lei, jamas la democracia ha existido entre nosotros.

Con la guerra de la independendencia se consiguió la emancipacion política, pero no la libertad social: nos constituimos en naciones independientes, pero no en pueblos soberanos: nos denominamos repúblicas, pero siempre fuimos i aun somos oligarquías; porque los poderes del Estado han per-

tenecido a ciertos círculos, i porque estos círculos no han querido nunca ni quieren todavía abandonar sus privilegios.

Hemos marchado con las preocupaciones que nos legó la metrópoli; i el espíritu de una aristocracia mal entendida, de una soberbia ignorante i de un ciego fanatismo, ha prevalecido entre nosotros.

Con estos elementos de atraso encarnados en los pueblos, acometieron los padres de la independencia nuestra emancipacion política; pero, si vencieron en los campos de batalla las aguerridas huestes españolas, no destruyeron las ideas; i aun cuando cambiamos de forma, quedaron subsistentes en el corazon de estos países las preocupaciones en que habíamos sido educados.

Nada mas natural: los hombres no se desprenden tan fácilmente de los principios en que han vivido, porque la enseñanza, que viene a formar los hábitos i hasta las costumbres, llega a constituir en nosotros una segunda naturaleza, cuya razon nos obliga a disculpar los individuos, sin dejar por eso de criticar, i de criticar severamente, las absurdas ideas que sirven de base a la política de nuestras repúblicas.

Nada, nada es mas perjudicial al progreso de los pueblos que los principios de aristocracia; porque esos principios, ajando la dignidad humana, destruyen la soberanía del hombre; porque retardan el triunfo de la democracia que es la sancion del derecho i el código eterno de la sociabilidad; porque lejitiman la supremacía de las preocupaciones, en vez de la supremacía de la virtud; porque avasallan a los individuos con un falso poder i vician sus ideas con una vanidad superficial i ridícula; porque anteponen el apellido de la familia al talento de la persona; porque tienden a producir el ocio en vez de honrar i ayudar al trabajo; en una palabra, porque paralizan las fuerzas productivas que Dios ha querido dar al hombre al dotarlo de

sejero, ni la venganza el mejor sistema, pues el uno nos ciega impidiéndonos distinguir la conveniencia que trae consigo la verdad, i el otro nos precipita en los abismos de la desgracia.

Examinemos, pues, los acontecimientos pasados i presentes con imparcialidad i buena fé, i entónces tendremos el derecho de ser jueces severos, pero jamás energúmenos atrevidos, pudiendo así criticar las acciones sin odiar a los hombres. Entre nosotros, por desgracia, no se conoce, ni se comprende, ni se aprecia la imparcialidad, pues tan solo existe el espíritu de partido: el que se ha afiliado a un bando mira como su enemigo al que está en el lado opuesto, no viendo en él sino los vicios que lo afean sin distinguir las virtudes que lo adornan; siendo este proceder el que estravía la conciencia pública i el que es causa de esas divisiones que tantos males han acarreado a nuestros pobres pueblos. Sin embargo, ya es tiempo que la imparcialidad i no el partido dirija nuestros juicios, pues es necesario que los actos i no los bandos nos enseñen la moralidad de los principios; por cuyo motivo vamos a entrar sin prevencion alguna en el exámen de los acontecimientos de la pasada administracion.

Los pelucones, sus ideas i su dominacion.

A pesar de haber tomado las antiguas colonias españolas el nombre de repúblicas i adoptado la forma de gobierno en que la soberanía del pueblo hace el derecho i constituye la lei, jamas la democracia ha existido entre nosotros.

Con la guerra de la independenciam se consiguió la emancipacion política, pero no la libertad social: nos constituimos en naciones independientes, pero no en pueblos soberanos: nos denominamos repúblicas, pero siempre fuimos i aun somos oligarquías; porque los poderes del Estado han per-

tenecido a ciertos círculos, i porque estos círculos no han querido nunca ni quieren todavía abandonar sus privilejios.

Hemos marchado con las preocupaciones que nos legó la metrópoli; i el espíritu de una aristocracia mal entendida, de una soberbia ignorante i de un ciego fanatismo, ha prevalecido entre nosotros.

Con estos elementos de atraso encarnados en los pueblos, acometieron los padres de la independencia nuestra emancipacion política; pero, si vencieron en los campos de batalla las aguerridas huestes españolas, no destruyeron las ideas; i aun cuando cambiamos de forma, quedaron subsistentes en el corazon de estos países las preocupaciones en que habíamos sido educados.

Nada mas natural: los hombres no se desprenden tan fácilmente de los principios en que han vivido, porque la enseñanza, que viene a formar los hábitos i hasta las costumbres, llega a constituir en nosotros una segunda naturaleza, cuya razon nos obliga a disculpar los individuos, sin dejar por eso de criticar, i de criticar severamente, las absurdas ideas que sirven de base a la política de nuestras repúblicas.

Nada, nada es mas perjudicial al progreso de los pueblos que los principios de aristocracia; porque esos principios, ajando la dignidad humana, destruyen la soberanía del hombre; porque retardan el triunfo de la democracia que es la sancion del derecho i el código eterno de la sociabilidad; porque lejitiman la supremacía de las preocupaciones, en vez de la supremacía de la virtud; porque avasallan a los individuos con un falso poder i vician sus ideas con una vanidad superficial i ridícula; porque anteponen el apellido de la familia al talento de la persona; porque tienden a producir el ocio en vez de honrar i ayudar al trabajo; en una palabra, porque paralizan las fuerzas productivas que Dios ha querido dar al hombre al dotarlo de

libertad i de intelijencia: estos son los males que las ideas de aristocracia acarrean a los pueblos, pero esta es tambien la práctica que desgraciadamente han seguido los gobernantes de las repúblicas sud-americanas.

En efecto, ese partido aristocrático a quien se ha dado el nombre de pelucon, a causa, sin duda, de las ideas vetustas que forman su sistema social i su credo político, ha dominado desde el principio de nuestra independencia; i si bien es verdad que a sus esfuerzos debemos nuestra soberanía como nacion, tambien es cierto que la perpetuidad de su gobierno ha sido la causa inmediata del atraso del pueblo, tanto en el sentido moral como en el físico; porque no puede haber ni elevacion de ideas ni progreso industrial donde no existe ni libertad ni soberanía, i donde el hombre que trabaja es mirado con menosprecio, o cuando ménos, con un aire de proteccion insultante.

Pero como es imposible contener del todo el torrente luminoso de la civilizacion; como el pensamiento se esparce por do quier en brazos de la imprenta; como cada dia i cada hora que transcurre es un paso mas que la humanidad da en la senda del perfeccionamiento, llegó al fin la época en que el pueblo quiso sacudir el yugo que le oprimia; en que deseó ensayar el principio de libertad que conocia en teoría, pero que jamas habia saboreado en la práctica; i en el año 51 se puso de frente contra el partido pelucon que habia estado i aun estaba en el mando, i al que no le agradaba soltar las riendas del poder que habia ejercido por espacio de tantos años, poniendo por consiguiente en juego todos sus medios para obtener el triunfo; pues si ántes solo necesitaba la voluntad para conseguir el mando, en esa época era preciso a mas de la voluntad, la enerjía, i a mas de la enerjía, los recursos de todo jénero de que disponia a su antojo ese partido, para llegar a hacer permanentes sus ideas i su dominacion.

La eleccion del señor Montt i su poca grandeza.

Campeaba, pues, en favor de los pelucones el poder constante que habian ejercido en el país, el prestigio de que estaba rodeada la autoridad, la adhesion decidida del Gobierno, las simpatías del clero que siempre apoya todo lo que es retrógrado, todo lo que es tiránico; i a mas de estos elementos tan poderosos, tenian en su favor el espíritu de familia i los caudales inmensos de que disponia ese círculo; miéntras que el bando opuesto solo contaba con sus ideas, con su entusiasmo, con la esperanza lisonjera de establecer reformas para plantear la libertad.

Ambos partidos desplegaron todos sus recursos para conseguir la victoria: los pelucones hicieron uso de las influencias diversas que poseian, i los liberales de su palabra ardiente i simpática:—los primeros desparramaban el oro para comprar las conciencias i los sufragios; i los segundos esparcian el pensamiento para que los pueblos comprendieran sus derechos e hicieran ejercicio de su soberanía:—los unos hablaban el lenguaje del lucro que es la conveniencia mezquina de la materia; los otros el lenguaje de la filosofía i de la razon que es el patrimonio de la intelijencia: de modo que estaban en juego todas las pasiones i todos los intereses i la lucha aparecia con formas gigantescas i terribles, pues la sociedad se encontraba conmovida en todas sus clases, porque tanto el poderoso que habitaba un dorado palacio, como el artesano en su modesto albergue, trabajaban por sus causas respectivas: la del primero simbolizaba el privilejio i la esclavitud, la del sigundo la igualdad i la democracia; pero en favor del uno estaba, como lo hemos dicho, la autoridad i el oro, i en favor del otro la abnegacion i la fé: de consiguiente la victoria no podia ser

dudosa en un pueblo en que irradiaba apenas la aurora de la libertad.

Cada uno de los partidos eligió también un jefe como representante de sus intereses, como agente de sus voluntades i como encarnación de sus ideas: los pelucones llamaron en su apoyo al señor Montt i los liberales al señor Cruz; pero unos i otros se equivocaron en su elección i las decepciones que debían sufrir ambos partidos eran lógicas i naturales.

Al proclamar los pelucones al señor Montt como su candidato i como su jefe, no vieron que la inteligencia i la voluntad firme del hombre que elevaban, no podía bajo ningún aspecto prestarse a ser el juguete de sus preocupaciones, i que más tarde sacudiría sin remedio el yugo que se le quería imponer: no vieron que se hermanaba mal el talento que desea el progreso con la ignorancia que vive del atraso: no vieron que por muchas que sean las trabas que le impongan al jénio, éste, al fin i al cabo, rompe las ligaduras que lo oprimen i se emancipa por su virtud propia: no vieron que el espíritu del siglo marcha adelante; i que, aun dado caso que el mismo señor Montt hubiera querido ser consecuente a las doctrinas de los que lo empujaban i obediente a sus órdenes, siempre habría tenido que ceder al progreso i abrir calle ancha a la civilización que dice: “no más privilegios, no más oligarquías, no más inmunidades, ni más distinciones que no sean aquellas que da el talento i a que es acreedora la virtud.”

En un sentido inverso hubiera sido el equívoco del partido liberal, pues en caso de haber triunfado habrían recibido igual decepción a la que sufrieron los pelucones, porque es imposible ir contra la naturaleza de las cosas; i aun cuando a primera vista parece que se hubiera dominado la situación, más tarde la reacción se opera i vuelve a su antiguo nivel. Así, pues, los liberales que tenían una super-

abundancia de vida tomaron por jefe a un anciano; aquellos que deseaban marchar a paso redoblado en las reformas, pusieron de frente a la inercia que naturalmente trae consigo el fin de la vejez; los que querian establecer la democracia, proclamaron como candidato al que por sus antecedentes era el representante de la idea opuesta; i los hombres de pensamiento i de accion, se dieron por jefe a un ciudadano bueno pero ignorante, honrado pero inerte; porque a pesar de su voluntad, el benemérito jeneral Cruz no era ya capaz ni de concebir ni de impulsar la revolucion en el sentido del progreso i en la senda de la libertad: de modo que en caso de haber vencido ese partido se habria separado mas tarde de su candidato, porque el valiente jeneral no hubiera podido i no hubiera querido seguir el camino que le trazaba su círculo, así como el señor Montt no quiso ni pudo continuar por el que le imponia el peluconismo.

En este proceder de los caudillos no hai inconsecuencia ni traicion, hai sí equívoco de los partidos que elijieron a sus hombres: hai poca penetracion i poco criterio, pues habrian debido presumir que es mui difícil forzar a un individuo a que marche contra sus propios conocimientos, a que haga abstraccion de su yo para seguir tan solo las inspiraciones ajenas, a que anonade, en una palabra, su personalidad; i tanto mas imposible es esto, despues de haber llegado a conseguir el primer lugar entre sus conciudadanos, cuanto que entónces necesita el hombre aparecer con dignidad i con voluntad propia para no representar el triste papel de un títere cuyos movimientos son impulsados por una mano que juega los hilos detras de bastidores; de manera que era consecuente i lójica la separacion del señor Montt del partido pelucon, asi como hubiera sido consecuente i lójica la separacion del señor Cruz del partido liberal; porque tanto el uno como el otro eran los campeo-

nes de bandos contrarios a sus ideas i opuestos a sus convicciones.

Muchas, muchas veces se ha acusado al señor Montt de haber traicionado al círculo a quien debía su elección; pero no se ha tenido en cuenta la contradicción que ahora acabamos de notar, ni se ha reflexionado que, no por defender los intereses de un partido, estaba el Presidente de la República obligado a faltar a su primer deber: el progreso del pueblo;—obligado a faltar a su mas favorita idea: el triunfo de la democracia;—i obligado a faltar a su mas ardiente deseo: la ilustracion de las masas hasta esa época bastante abandonadas a sí mismas.

Los defectos principales del señor Montt no están, pues, en la separacion de los pelucones, porque esto seria un acto recomendable, están sí, en haberse dejado elevar por ese círculo, i en no haber preferido la paz de la República a su engrandecimiento propio.

El señor Montt veia la conflagracion en que estaba el país a causa de su elevacion, i no podia ménos de notar que ella implicaba la guerra, pues varios movimientos se habian efectuado ántes que él ocupase la Presidencia;—i sinembargo aceptó el puesto i subió al poder abrigado por la fuerza i no por el consentimiento de los pueblos! Subió al poder bajo el imperio de las bayonetas, bajo el imperio del despotismo que representan las facultades extraordinarias, i no bajo el sόlio de la lei!... Hé aqui la falta del señor Montt, falta grave, falta inmensa, falta que ha traído en pos de sí la mayor parte de las desgracias que sucedieron durante el decenio i la triste situacion en que nos encontramos; pues un desacierto trae otro desacierto, porque el infortunio así como la felicidad se eslabonan i los acontecimientos prósperos o adversos no son mas que una série de actos que se desarrollan en conformidad a su oríjen, es decir, en conformidad al punto de partida de donde nacieron.

Si el señor Montt, viendo, como no podía ménos de verlo, que los horrores de la revolucion habian precedido a su candidatura i era probable que continuasen en su Presidencia; si el señor Montt, decimos, tenia la conciencia de que la guerra civil habia comenzado a causa de su elevacion al poder, ¿por qué no tuvo la grandeza de alma de anteponer el bien de la patria a su bien propio? ¿Por qué no dijo a sus correligionarios como a sus adversarios políticos: “Mi engrandecimiento o el del señor Cruz traen tras sí la anarquía, nombremos a un tercero para que establezca la paz?” ¿Cuánto mas noble i patriótico no hubiera sido este procedimiento! A qué altura no se habria elevado el señor Montt entre sus conciudadanos! I qué hermoso ejemplo no habria dado a la infortunada América! I qué leccion a los menguados ambiciosos que la esplotan llevándola a su ruina!

Muchos han creido i creen todavía que el rigorismo de la pasada administracion ha dependido del carácter adusto i despótico del señor Montt, siendo por consiguiente una tiranía de jenio, de cálculo i de sistema; pero en nuestra opinion, las circunstancias, o mejor dicho, la falta de desprendimiento que hemos anotado, es la que lo compelió a seguir esa senda, inclinándonos a creer, en vista de la marcha de la administracion, que no fué un despotismo voluntario sino un despotismo obligado.

El señor Montt subió al poder (i este es su principal error, error del cual dependen los demas) con la probabilidad, o mas bien dicho, con la certidumbre de una revolucion: de modo que para sostenerse necesitó del absolutismo que se vió obligado a ejercer, resultando de aquí los estados de sitio, las facultades extraordinarias, el favoritismo, i en seguida la lucha, los espendios, las arbitrariedades i las infracciones de la lei.

Póngase cada cual en la situacion en que se ha encon-

trado el señor Montt, i dígasenos: ¿podría éste gobernar en medio de una conflagracion jeneral sin las compresiones? No estaba obligado a llamar a sus amigos, i solo a sus amigos, para sostenerse en el puesto, desde el momento que encontraba una oposicion decidida? ¿No tenia que armarse para la lucha i que gastar para mantener la fuerza que le apoyaba? ¿No se vió compelido a cometer arbitrariedades para criarse congresos devotos que acatasen sus órdenes i mantuviesen el principio de autoridad que él no quiso, i con mucha razon, dejar hollar para trasmitirlo incólume al que le sucediese en el mando? I entónces, ¿no se vé claramente que ese despotismo que tanto se le critica, i con justicia, en lugar de ser voluntario, fué forzoso, i en lugar de afectar las cualidades del individuo solo proviene de la naturaleza de las cosas?

Nos hemos detenido mucho sobre este punto i hemos sido quizá mas que severos con la primera falta del señor Montt, porque hemos creido que de aquí dependen todos sus desaciertos, i principalmente porque deseáramos que nuestros mandatarios i los de la América aprendiesen con este ejemplo a conocer, no solo los males que arrastra consigo un despotismo obligado, sino tambien los bienes que trae para los países que gobiernan i para ellos mismos la noble abnegacion i el saber anteponer la felicidad de la patria a su engrandecimiento propio, es decir, el saber comprender cual es la verdadera grandeza i la verdadera elevacion del majistrado i del hombre.

Pero es tambien preciso confesar que mui pocos ejemplos presenta la historia del mundo en el sentido en que hablamos; i que no solo es el señor Montt el que se ha equivocado sobre la conveniencia del país i la soya propia, sino muchos otros a quienes la sociedad respeta i ha colocado ya en la primera categoría de los hombres públicos.

¿Dónde se encuentran los mandatarios de Europa i de

América que para escalar el poder hayan considerado en algo el sacrificio de los pueblos? Napoleón III metrala a París en el famoso 2 de diciembre e incendiaría a la Francia para mantenerse en el puesto. Fernando de Borbon sostiene hordas de bandoleros en Nápoles para que le reconquiste su perdida corona. Pío IX impide la unidad de la Italia por conservar su autoridad temporal.—I en América, Juarez i Miramon destrozan a Méjico para procurarse la Presidencia. El Jeneral Santa-Ana vende su patria a la España para conseguir distinciones i honores. Los Monagas revolucionan a Venezuela para obtener el poder que perdieron. Mosquera insurrecciona a la Nueva Granada para subir a la Presidencia. García Moreno quiere hacer del Ecuador una colonia francesa para mantenerse en el Gobierno. El Jeneral Achá se dijo que habia mandado asesinar a los mas distinguidos hombres de Bolivia para rejentar solo en esa infortunada República. I el Presidente del Perú, el gran Mariscal Castilla, trata de hacerse proclamar nuevamente a despecho de la Constitucion, a despecho de la lei, i a despecho de la voluntad de los pueblos.—I entónces, ¿por qué admirarse de que el señor Montt, apoyado por un partido poderoso, que él pudo muy bien creer como la mayoría de la Nacion, aceptase el puesto que le ofrecian.?

Para nosotros, en esa aceptacion hubo falta, pero no crimen; hubo poca elevacion, pero no mala fé; poca grandeza de alma, pero no deseo de dañar; i aun cuando de ese primer desacierto nacieron en su mayor parte los otros desastres, no es justo que se lo imputemos todo al señor Montt, porque hai muchas cosas que deben haber sucedido a despecho de su voluntad i a donde su prevision no alcanzó jamas, si bien no pudo ménos de conocer que su Presidencia implicaba la revolucion; pero tal vez no pensó que se repitiese en seguida con tanto furor i con tanto encarniza-

miento, sino que se imaginó que, una vez vencida, él dominaría la situación, entrando a apaciguar los espíritus para hacerles conocer en seguida prácticamente i por medio de la instruccion como de las ventajas materiales, cuanto provecho sacan los pueblos con la tranquilidad i cuanto pierden con los disturbios.

Ruptura del Gobierno con el partido pelucon.

En efecto, una vez elegido el señor Montt, su constante anhelo fué en primer lugar la ilustracion de las masas, i en segundo el desarrollo de la riqueza pública, tratando de obtenerlo por medio del incremento de la industria i de las gigantescas empresas que se proponia acometer.

No podemos quitar al señor Montt el mérito de haber sido el majistrado que se ha empeñado mas en difundir la civilizacion en el pueblo i que mayor atencion ha prestado a los diversos trabajos que se llevaron a cabo durante su administracion: negar esto seria negar la evidencia i anteponer nuestras pasiones de partido a la verdad i a la justicia.

Apénas subido al poder el señor Montt se establecieron en todos los pueblos de la República multitud de escuelas primarias de que carecian, i los beneficios de la civilizacion i la posibilidad de instruirse se puso al alcance de todo el mundo: de manera que al pobre le bastaba la voluntad de querer aprender para conseguirlo, sin mas costo ni trabajo que el de su aplicacion i constancia.

Sin embargo, los odios políticos han llegado hasta el punto de oscurecer esta verdad i de negar aun este mérito al funcionario público sobre quien se han cebado con tan-

to encarnizamiento; pero afortunadamente existen los números i existe la estadística para desarmar la calumnia con la esposicion sencilla de la verdad i la manifestacion irrecusable del hecho.

Ahora bien, el que asi obra, el que asi trabaja por el bien público, ¿es acaso un mal patriota? Merece, aun habiéndose estraviado en su administracion, los injuriosos epítetos i los insultos groseros que se le hacen cada dia i en cada página de los periódicos que se escriben?

Pero el partido pelucon que habia elevado al poder al señor Montt, no queria tanto a un Presidente que consagrarse sus desvelos en servicio de su patria, cuanto a uno que satisficiera sus caprichos, que sostuviese sus privilegios i siguiese en todo i por todo su política; de manera que desde el momento en que se apercibió ese partido que el Presidente que habian elegido no secundaria sus pretensiones comenzó la separacion; desde el momento en que vieron que tenia voluntad firme i queria obrar por sí mismo, que conocia la importancia de su rol i deseaba desempeñarlo con dignidad, que tenia talento para juzgar i enerjía para llevar a cabo sus determinaciones;—desde ese momento se principió la lucha, porque dijeron: “Nos hemos equivocado, este no es nuestro hombre”...i entonces comenzó la guerra sorda pero tenaz, oculta pero terrible que hizo el peluconismo al Presidente que habia tenido el arrojo de proclamar su independendencia del partido, para servir los intereses de la nacion, i que habia puesto cortapizas al incremento del fanatismo, al desarrollo de la intolerancia cuando se opuso a la mocion de introducir a la Compañia de Jesus en el pais...i sin embargo, esa compañia existe entre nosotros i tiene escuelas públicas i dirige i enseña a nuestra juventud para mayor gloria del peluconismo i para mayor mengua de la Nacion.

Cuestion arzobispal i debilidad del Gobierno.

Los pelucones, humillados en sus pretensiones, no esperaban mas que una ocasion para lanzarse en la pelea. Habian aguzado sus armas en el silencio i solo querian un pretesto para esgrimirlas con ventaja contra el hombre que, en su opinion, habia roto sus compromisos i cuya autoridad era preciso minar para preparar el día en que fuese fácil destruirla del todo. Esta oportunidad no se hizo esperar mucho tiempo; la ruidosa cuestion arzobispal vino en su apoyo, i los acaudalados retrógrados se plegaron, como era natural, al estandarte de la rebelion clerical; i el primer sacerdote, orgulloso de ser apoyado por la primera aristocracia, se puso de frente en contra de la primera autoridad de la República, seguro de que el fanatismo, que por desgracia impera en nuestros infortunados paises, lo haria triunfar de los hombres i de la lei, de los mandatarios i de las instituciones.

La coalicion se presentaba fuerte i amenazadora i podria llegar a ser desastrosa i terrible, porque las revoluciones en que se mezclan los sacerdotes, son por lo jeneral espantosas por sus furores i lamentables por sus consecuencias, porque el fanatismo es implacable en sus odios i solo se detiene cuando no encuentra nada que destruir, cuando su soplo abrasador ha producido el esterminio, la desolacion i la muerte de sus enemigos.

Tal era el elemento de que se asia el peluconismo para hacer la guerra al señor Montt, i tal el partido en que a su vez se apoyaba el clero para infringir la lei i poner bajo sus plantas a la autoridad civil que ellos debieran acatar por muchos títulos: en primer lugar, como miembros del pais en que han nacido; i en segundo lugar, porque están al servicio del Estado que los paga para que prediquen la

moral i no para que vengan a pisotear la lei; para que enseñen al pueblo a obedecer a las autoridades i no para que alcen ellos su estandarte de rebelion en contra de los poderes constituidos ni para que ufanos del poder que les da la ignorante i ciega credulidad de las masas, insulten con su mal entendida soberbia a la autoridad de quien dependen; pues si no quieren someterse a la lei, bueno seria que renunciassen a la proteccion del Estado, i que dijesen de una vez: “Nosotros no somos vuestros conciudadanos”;—pues en ese caso sabria la nacion a que atenerse i no le robarian al pueblo las consideraciones que le arrancan con su desprendimiento aparente i su humildad hipócrita, humildad que oculta las pretensiones mas absurdas i en jeneral la ignorancia mas supina.

El señor Montt no ha podido, pues, ménos de ver que los elementos de que disponian sus enemigos políticos eran poderosos; i puesto en la alternativa de dejar atropellar la lei o de provocar la revolucion mas espantosa, la revolucion de la sotana, se decidió por lo primero.

Esta debilidad de parte del Gobierno, si bien aplacó algun tanto la efervescencia, enorgulleció sobremanera al Arzobispo i sus partidarios, porque comprendieron lo que no habian quizá pensado, es decir, que la administracion del señor Montt no estaba bastante sólida, ni tenia bastante fuerza para contrabalancear al poder del clero i al poder de los pelucones, puesto que temblaba ante la amenaza de ambos.

Por otra parte, esa dobilidad del Gobierno no produjo para la administracion del señor Montt ningun bien, sino que al contrario la desprestijió; pues muchos liberales que habian permanecido, sino adictos, al ménos neutrales, durante la crisis, se separaron del todo de un gobierno que no tenia la enerjia de aplicar la lei, de defender la justicia i de hacer respetar i cumplir las instituciones del pais for-

muladas por la Suprema Corte; i el clero i los pelucones aplazaron sus odios sin ceder nada de sus pretensiones i sin guardar la menor consideracion por el mandatario que habia llevado su condescendencia hasta la debilidad.

En este proceder del señor Montt, de cualquier modo que se le considere, no ha habido mas que debilidad, pero una debilidad emanada de su buen deseo: evitar la revolucion. De manera que aun esa flaqueza que sus adversarios i hasta sus adictos políticos le han criticado, tiene su excusa noble i prueba hasta la evidencia las disposiciones pacíficas i aun conciliadoras que constituian el fondo de la política del Jefe del Estado.

Ademas, el espíritu dominante del clero en nuestras repúblicas, la especie de fascinacion que ejerce en las masas, el poder absoluto sobre las conciencias, particularmente en la mujer, hacen de esa fraccion de la sociedad un enemigo temible, a quien atacar de frente es peligroso, i mucho mas cuando se liga a un partido, i a un partido tan influyente como los pelucones en Chile. De suerte que talvez esa debilidad del Gobierno, que nosotros criticamos, puede considerarse como un acto de prudencia que ahorró al país en esos momentos, la sangre que se derramó mas tarde, i que ahogó en jérmen una revolucion mas espantosa que la que tuvimos despues.

La amnistía.

Pero si el país, mediante la debilidad o la prudencia del señor Montt, se salvó de la contienda relijiosa de que se hubiese aprovechado el partido pelucon, no abandonó éste sus hostiles miras, sino que continuó solapado pero amenazante en sus propósitos.

Era necesario buscar un pretesto para desprestijiar a la administracion; era necesario hallar una palabra simpática i que envolviese una idea jenerosa para hacerla servir a la mezquindad de sus miras, i la lei de amnistía fué presentada ante el Senado! I la lei de amnistía, propuesta por los que pedian ántes horcas para colgar a sus enemigos, sirvió esta vez de arma para herir el poder que ellos habian levantado, para desprestijiar al hombre a quien habian elevado i al partido a que habian pertenecido.

¿Podia considerarse la amnistía pedida por los pelucones como un arrepentimiento de su pasada conducta, como una espacion de sus anteriores actos? ¿Era acaso la idea de justicia o el sentimiento de piedad por los pocos proscriptos que quedaban fuera del país, lo que indujo al Senado a formular ese pensamiento? Nada de esto: el leon se cubria con la piel de la oveja: el peluconismo adoptó la compasion mentida para sembrar la discordia real, i pronunció palabras de conciliacion, de paz, de olvido, para atizar los odios, provocar la guerra i suscitar las venganzas. . . El peluconismo pronunció la amnistía, no para traer al seno de la patria a los proscriptos, sino para derribar al señor Montt; no para hacer un acto de humanidad, sino para turbar la armonía; i no con objeto de producir la concordia, sino la revolucion: pues lo que fermentaba en su interior i bullia en sus pechos, no era la jenerosidad, sino los resentimientos emanados del justo desprestijio que sus pretensiones i su reconocida ineptia les habia acarreado en el centro administrativo, desprestijio que no podia el peluconismo sobrellevar con calma, pues la presuncion i la ignorancia se hermanan admirablemente, i las ofensas que se hacen a la vanidad de los necios jamas cicatrizarán.

La amnistía fué, pues, un lazo que se tendia a la administracion i en que calló ésta por terquedad, por llevar adelante el capricho de que sus enemigos no encimacen al

Gobierno, por estrechez de ideas i por no comprender el saludable efecto que produce en la opinion de los pueblos los actos jenerosos.

El Gobierno conoció bien la hipocresía de los pelucones, comprendió su astucia, pero no supo parar el golpe con la jenerosidad, única arma que, destruyendo sus combinaciones, los hubiera vencido antes de la lucha, i que poniendo en buen pié a la administracion, habria obligado al peluconismo a estallar en su insano furor, dejando en descubierto su impotente despecho, despecho que pondria de manifiesto su nulidad ocasionando su vergüenza i su derrota.

Pero el Gobierno se encastilló al principio en su terquedad, combatiendo con calor la idea por medio de sus principales órganos en la Cámara de Diputados, para tener en seguida la debilidad de conceder de una manera tardía i a medias lo que hubiera debido otorgar pronto i del todo.

Esta política de tira i afloja, estas vacilaciones en los procedimientos, esto de negar hoi lo que mañana se concede, es el peor de los sistemas que puede adoptar una administracion i aquel que mas la desprestijia en concepto del público, porque choca por la tirantez que aparenta al principio, i desagrada por la debilidad que se observa despues; no consiguiendo otra cosa que retirar a sus partidarios i encarnizar mas a sus enemigos, porque se pierde la confianza que puede alentar a los unos, i se destruye el temor que puede contener a los otros: de donde resulta el aislamiento que quita a los gobiernos la fuerza moral i la fuerza física, el prestijio i la autoridad que ántes los sostenia, viéndose compelidos, a despecho de su voluntad, a mantenerse en el punto por un despotismo obligado i necesario.

Pero esta incertidumbre de la conducta, estas oscilaciones en los actos, provienen de la carencia de principios fi-

jos e invariables: proviene de que queremos agradecer mas a los hombres que obrar en conformidad con las ideas: proviene de esa falsa política que para gobernar no tiene en vista otra cosa que las personas sin tomar para nada en cuenta los principios, política que ha imperado, por desgracia, en la marcha social i administrativa de nuestros infortunados países i que ha traído consigo las luchas sangrientas que han detenido el progreso, absorbido la savia juvenil de estas Repúblicas, precipitándolas en los abismos de la anarquía en que han vivido i viven.

El modo, pues, de haber cruzado de lleno los planes del peluconismo, era el haberse presentado de un modo recto i decidido, el haber opuesto la franqueza a la hipocresía i haber ido aun mas allá de lo que ellos pedían; pero como lo hemos dicho, el señor Montt i sus partidarios, no quisieron cejar en un principio e hicieron concesiones despues: segunda falta cometida por el Gobierno i segundo triunfo obtenido por los pelucones, los que, alentados con la debilidad, se presentaron mas arrogantes que nunca, preparando los elementos revolucionarios que mas tarde, en union de los que se dicen liberales, hacían estallar en toda la estension de la República.

La oposicion, su prensa i su Congreso.

La efervescencia política continuaba con mayor violencia. La autoridad hasta entónces no habia tomado la menor medida represiva, si esceptuamos aquellas con que el señor Montt subió al poder, i su tolerancia era la prueba mas elocuente de la libertad que se tenia, i de una libertad que fué llevada hasta la licencia por el partido de oposicion.

¿Qué tirano es ese que se deja insultar en cada renglon que se escribe i en cada dia que transcurre? ¿Qué déspota el que permite la mas acerva crítica de sus acciones, i no solo la crítica, sino los dicterios, i no solo los dicterios, sino hasta el escarnio de la persona?

Don Manuel Montt vejado por la oposicion como ciudadano, como mandatario, como hombre, ¿qué hizo para reprimir lo que hubiera debido castigar? ¿Dónde está la órden de prision para los escritores que en lugar de ilustrar insultaban, que en lugar de defender estos o aquellos principios, zaherian a estas o a las otras personas? I sin embargo, se escupia al rostro del primer majistrado i se gritaba de voz en cuello: guerra al despotismo!

¿Pero qué déspota es ese que permite que se lo digan? ¿Qué déspota es ese que llega hasta tolerar el ultraje, que no usa de su poder, que no emplea la fuerza, que no suprime los diarios que minan su autoridad, que no llama al órden siquiera a los que lo perturban, que deja, en una palabra, completamente libre, no solo la prensa, sino la licencia de la prensa? Talvez si don Manuel Montt no se hubiera dejado llamar déspota no habria tenido lugar la revolucion; i si detiene en un principio el desborde de los periódicos, habria conseguido evitar la sangrienta guerra civil que tuvimos mas tarde i que esas sucias e incendiarias hojas provocaban de antemano.

Echese una imparcial mirada sobre los demas pueblos, i dígasenos: ¿cuál es el Gobierno que permite, como lo permitió el señor Montt, tanto ultraje? ¿Cuál, el que pudiendo impedir su deshonor no lo hace, i el que, cuando se le infiere una ofensa, no la evita o no la castiga? Don Manuel Montt quiso probar, sin duda, a los que le llamaban tirano que no lo era, cuando permitia que se lo dijiesen diariamente; i no comprendemos, en verdad, como los hombres de la oposicion, viendo esta conducta que manifestaba lo con-

trario de lo que ellos decian, continuaban siempre en las mismas ideas i escribian las mismas palabras: continuaban llamando déspota al que los dejaba libres, i tirano al que no los oprimia ni de pensamiento ni de obra.

Este proceder de parte de la oposicion nos manifiesta sus propósitos i sus tendencias, dejando ver claramente que la guerra era solo contra las personas, es decir, contra los hombres que estaban en el poder, poder que ambicionaban ellos i que para conseguirlo era necesario derribar a los que en la actualidad lo tenian; i tanto mas en relieve aparece esto, cuanto que los corifeos de esa oposicion no defendian ningun principio ni sostenian ninguna doctrina: no tenian ideas, sino odios: no iban en busca del pensamiento reje-nador, sino de la ambicion personal.

Para probar estos cargos, no necesitamos mas que ver cuales eran los elementos que constituian la oposicion que tan encarnizadamente combatia al señor Montt i como llegó ésta a formarse; pues examinando los antecedentes i dándose cuenta de ellos por medio de la induccion a que nos lleva el análisis, podremos averiguar sus fines i la lógica de su conducta por su formacion particular.

La célebre fusion del partido liberal con el partido pelucon o del partido pelucon con el partido liberal ¿qué divisa podía adoptar? ¿Qué principios iba a defender, i cómo se daría unidad de ideas en dónde existia diverjencia de opiniones? ¿Cómo podrá marchar el fanático al lado del incrédulo, el aristócrata unido al demócrata, el estacionario con el progresista, el hombre de los privilejios con el hombre de la libertad? ¿Cómo, dos entidades tan opuestas, dos ideas tan distintas, dos voluntades tan diverjentes se encaminarian a un mismo fin? Si un individuo emprende su marcha hácia el polo ártico i otro hácia el polo antártico ¿se querría persuadirnos que andan juntos?—Imposible, i entónces, ¿cómo decirnos que esa fusion pudo amalgamar

las creencias, unificar las opiniones i marchar bajo la enseña de un principio o a impulsos de un pensamiento i de una idea?—Pero, ¿qué idea, pensamiento o principio puede ser ese que se forma con ideas, con pensamientos i con principios tan contradictorios? La cosa es clara: la oposicion no tenia ideas, sino odios; no tenia pensamientos, sino ambiciones; no tenia principios, sino venganzas; i la union que tanto se encomiaba era la union mas falsa, porque unos i otros habian prostituido sus creencias i echado a la espalda sus convicciones mas arraigadas: el liberal habia adoptado el traje del jesuita i el pelucon las maneras i palabras del incrédulo. Los primeros se convirtieron en cartujos, i los segundos en escépticos para agradarse mutua pero lipócritamente; i esa pretendida union en que campeaba por una i otra parte el engaño, no era la union de la libertad i del progreso, porque esta se manifiesta i sabe donde va, sino la union de la esclavitud i del odio que trabaja en las tinieblas para fraguar impunemente los planes de la destruccion.....

I en prueba de ello ¿cuáles fueron las doctrinas que defendió la prensa que representaba a la fusion? Cuáles los principios que sostuvo? Cuál la política que queria encarnar en la conciencia de los pueblos?—¿Nosotros no vimos otra cosa que ataques virulentos en los que prevalecia la hiel del sarcasmo, i jamas cuestiones razonadas en que se defendiesen los intereses públicos, en que se enseñase la moderacion i el raciocinio, en que se inculcará el orden, la libertad, la soberanía, la dignidad del ciudadano i del hombre.....

Esta marcha que inició el partido de oposicion en el año 58, es poco mas o ménos la misma que han seguido todos los pueblos de América; todas estas pobres democracias que han contribuido a desprestijiar el mas noble i sagrado principio de la sociabilidad humana; todas estas repúblicas que,

con sus desaciertos i anarquías constantes han hecho un mal incalculable al sistema de la soberanía del pueblo, al principio igualitario que debiera en todo el mundo rejir a la especie; porque este es el órden manifiesto de las cosas así como el atributo i el derecho del hombre. Por esta misma razon las monarquías europeas se burlan de nuestros ensayos de libertad i tienen en ménos a la democracia: a esa democracia que es la lei eterna de los individuos i de los pueblos i el santo derecho de la humanidad descarriada i envilecida, derecho que vendrá a sancionar la supremacía i dignidad del hombre, revindicando los fueros i las atribuciones del individuo. Con todo, dejemos a esas monarquías con sus errores, dejemos a esa Europa con sus preocupaciones, que al fin i al cabo vendrá a buscar en la América el sagrado principio de la soberanía individual, i echando abajo sus reyes i sus nobles, encontrará en nuestros ensayos el jérmén rejenerador de la especie.

Volvamos, empero, sobre nosotros mismos.—Las pasiones de círculo, las ambiciones ilejítimas i perjudiciales, puesto que van en detrimento de los pueblos, perturban el órden de nuestras sociedades, porque se antepone la fuerza a la intelijencia, el capricho de unos pocos a la voluntad nacional, la intriga a la lei i el sable a la razon; i por este motivo se ve en nuestros infortunados países hombres entronizados por las bayonetas i a quienes esas mismas bayonetas hacen caer. I de esta suerte, los despotismos obligados i talvez necesarios se hacen indispensables; i haciéndose indispensables, los pueblos caen en el servilismo, si no tienen valor para sacudir el yugo que los oprime, o en la anarquía si quieren hacer prevalecer su voluntad: porque en el primer caso le temen a la fuerza, i en el segundo no obran sino por la fuerza.

Ahora bien, ¿qué inestabilidad, qué solidez, qué prestigio pueden tener los gobiernos así constituidos? Si solo man-

dan por la arbitrariedad que acompaña a la fuerza ¿no puede venir otra arbitrariedad i otra fuerza que los destituya? I de este modo ¿no caminamos de revolucion en revolucion, de despotismo en despotismo? ¿I no es este el desgraciado cuadro que presenta la no ménos infortunada América española?.....

Si entre nosotros la revolucion del 59 hubiese triunfado i derrocado al señor Montt, sucediéndole el vencedor en el mando, ¿no es verdad que el nuevo jefe, hijo lejítimo de la fuerza i no del derecho, temeria una fuerza mayor i se veria obligado a mantenerse en el poder por medio de la compresion? ¿I no es cierto tambien que esa compresion es la que avasalla i esquilma a los pueblos; la que los degrada en su ser moral i los estermina en sus recursos; la que les arrebatata su libertad i sus fortunas como ha sucedido ultimamente? Entónces, no podria ser de ningun modo el bien de la patria el que se buscaba en la revuelta, sino el bien de aquellos que no puedan medrar de otro modo que con las conmociones, así como las heces de un lago no salen a la superficie sino a impulsos de la tormenta.

Una oposicion tan descabellada i tan sin objeto, no podria ménos de producir un Congreso estéril, i el que tuvimos en 58, resultado de esa oposicion tan vacía de ideas i de ese Gobierno tan lleno de terquedad, no hizo, durante su período lejislativo, nada de útil para los pueblos, nada de provechoso para la Nacion, sino que perdió su tiempo en ácreas recriminaciones que exacerbaron las ánimos i trajeron al fin la guerra civil.

Por lo jeneral sucede entre nosotros que las cuestiones de pública conveniencia apénas se les atiende, miéntras que las disputas de partido llaman de preferencia la atencion, porque siempre miramos las cosas bajo el punto de vista personal que es el que nos excita, i no bajo el punto de vista utilitario que es el que nos conviene; desechando así el

juicio por la pasión, i los intereses verdaderos por las susceptibilidades pueriles, porque acordamos mas a la vanidad que a la razón i a los individuos que a la patria.

Podemos afirmarlo sin temor de engañarnos: en ningunas Cámaras se ha hablado tanto como en las del 58, en ningunas se han pronunciado tan bellos discursos, pero tampoco en ningunas ha habido ménos orden, ménos provecho, ménos cortesanía i ménos respeto por el lugar que ocupaban i por el carácter que investían; pues insultos groseros e impropios, no solo en la boca de un Diputado, sino en la de un hombre decente, se vertieron allí con profusión i con desdoro de nuestros representantes i de nuestro país.

Estas recriminaciones tan acerbas de que fué teatro la Cámara de Diputados, llevaron a su colmo los resentimientos de los bandos políticos i prepararon el sangriento desenlace que se efectuó mas tarde i que tantos males trajo a la República sin haber dado un solo paso en nuestro mejoramiento social i político.

La revolucion sin principios.

Hasta esa época, el señor Montt o su gobierno, habia cometido faltas, es verdad, pero no faltas que lejitimaran la revolucion. El señor Montt que no habia tenido la grandeza de alma de desechar un poder salpicado de sangre, tuvo la debilidad de dejar hollar por un Sacerdote el primer tribunal de la República; i cedió mal, de su grado, i con detrimento de sí mismo, a las pretensiones de los pelucos, despues de haberse opuesto a ellas; pero hasta aquí nada autorizaba la guerra cruel a que se dió principio, guerra de tan funestas consecuencias para nuestro país i que prueba mui poco en favor del patriotismo i de la elevacion de ideas de los que la emprendieron.

Una revolucion lleva siempre una bandera, lleva por divisa un principio falso o verdadero, lleva un programa en que brilla un pensamiento cualquiera. Los que encabezan una revolucion hacen palpar los males, evocan las desgracias, analizan los actos, llaman a la intelijencia, al corazon, a la voluntad de los pueblos, haciendo patentes sus sufrimientos i aplicables los remedios que le esperan. Los que encabezan una revolucion, estudian i manifiestan los derechos del hombre i los abusos de que es víctima, abogan por su soberanía i anatematizan la esclavitud; examinan los infortunios que aquejan al país, las causas que los determinan i los expedientes que los salvan; emiten sus opiniones i tratan de criarse prosélitos por la persuasion, ántes de hacer uso de la violencia: hé aquí como se hace una revolucion de ideas aun cuando venga mas tarde a apoyarla la fuerza.

¡Pero qué principio se formuló en 1859!... ¡A nombre de qué idea, de qué nuevo sistema palítico, de qué reforma social se condujo al pueblo a la revolucion i a los combates? ¡Hubo siquiera un hombre, un escritor, una cabeza de motin que dijese al Gobierno: “Mirad nuestro programa?” Hubo alguien que proclamara i sostuviese este o el otro jénero de ideas?—Nada, absolutamente nada.—¿Cuál fué entónces el objeto de esa revolucion? La ambicion i los remordimientos: esto es lo que principalmente provocó la guerra, guerra baja i por esto mismo injusta, guerra anti-patriótica, anti-progresista, i por esta razon perniciosa i cruel.

Cuando el santo amor de los pueblos, el noble entusiasmo de la verdad i de la justicia nos lleva hasta el frenésí, hasta la locura, hasta la revolucion, brilla aun en medio de los combates la nobleza del pensamiento, i en los horrores de las mas encarnizadas luchas se ostenta el heroismo de la virtud.

La espantosa revolucion francesa llevaba por enseña la

igualdad humana, la emancipacion del hombre, la emancipacion de la intelijencia por la libre facultad de pensar, la caida de los privilejios, la soberanía del pueblo sobre la soberanía de casta, la consagracion racional i lejítima de los derechos naturales que corresponden por herencia a todo ser que Dios se ha dignado echar al mundo, llevaba, decimos, esa revolucion sin igual estas luminosas enseñãs; i por esto, aun con los crímenes que trajo consigo, vino a servir de lumbrera a los pueblos del Orbe: vino a despertar a la humanidad aletargada con el opio del despotismo: vino a decir al proletario: “levántate, la esclavitud de la nobleza no existe, solo te queda la esclavitud de la necesidad a la que os sujeta la naturaleza; pero la que tambien venceréis al fin con la moralidad i el trabajo.” Esa revolucion ha destruido en parte i tiende a destruir del todo el capricho de la lei forjada por los poderosos, poniendo el nivel sobre todas las clases para que no exista mas desigualdad que la del talento que es la desigualdad de la naturaleza, i por consiguiente la única desigualdad lejítima. Hé aquí la causa porque esa revolucion es saludada por las jeneraciones que se han sucedido hasta la nuestra en que vivimos, como la antorcha luminosa que ha señalado a la oprimida especie el sendero de la libertad, reduciendo a la práctica el pensamiento del Verbo que decia: “Si todos sois iguales ante mi Eterno Padre, ¿por qué no lo sereis ante vosotros mismos?”

Pero en nuestra infortunada América no hai revoluciones sino motines, porque no hai ideas sino pasiones; así es que nuestras luchas son crueles sin provecho, cometiéndose crímenes sin que quede otro resultado que la desmoralizacion, el atraso, la ignorancia, el descrédito, la postracion, el desaliento en los hombres que piensan i la altanería de los necios, la codicia mezquina, la intriga baja, la adulacion servil, la diatriba hiriente i la fluctuacion ince-

sante entre la anarquía que destruye las fuentes productivas de la nación i el despotismo que avasalla la soberanía de los pueblos.

La oposicion, pues, formulada contra el señor Montt, no teniendo ideas fijas, trajo tras sí una revolucion sin principios, i esta revolucion sin principios dió oríjen a esa guerra sin unidad, sin bandera, sin jefe, que devastó la República en el año 1859, i cuyos males gratuitamente se imputan al Gobierno del señor Montt, sin comprender, por ignorancia o queriendo no comprender por malicia, que los que impulsaron los descabellados motines, fueron la causa de esos desastres que aflijieron al país i de las represalias despoticas que se vió compelida a usar la administración amagada.

¡Pero no hai crimen que no se impute al señor Montt! No hai sangre que no se haya derramado por su causa! No hai atentado que no haya él cometido! No hai bajeza de que no haya sido autor o cómplice! No hai despilfarro, no hai pérdida, no hai bancarrota, no hai déficit que él no haya consumado! No hai mal, en una palabra, que no se le haya atribuido; pues aun aquellos que dependen de causas naturales, como los incendios, como las pestes, como los terremotos, se le han achacado al señor Montt!... ¡I es esto equitativo, justo, razonable? ¡Es esto pensar con imparcialidad i buena fé?

Nosotros lo hemos dicho i lo creemos así: que el señor Montt cometió una grave falta en haber aceptado el poder de los pelucones, i en no haber tenido la elevacion suficiente para desechar ese poder, cuando los presajios de una encarnizada lucha lo amenazaban. Pero, porque cayó en aquella falta, falta mui escusable, falta que los mas distinguidos hombres han cometido, ¿es preciso atribuirle todos los males, sin la menor escepcion, i sin tener en cuenta la menor disculpa?

Preguntamos nosotros: ¿hubiera sido bueno que el señor Montt abandonase el puesto cuando comenzaba la lucha? ¿Hubiera sido cuerdo dejar el poder cuando se divisaba la anarquía? ¿I en qué manos hubiera entregado la autoridad de que él era, de una manera o de otra, el lejítimo depositario? ¿Cómo era posible dejar acéfala la República cuando tan opuestos intereses amenazaban perturbar el orden? Si el señor Montt hubiera procedido así:—si hubiera tirado su banda en la plaza pública para que el pueblo amotinado la destrozase, amigos i enemigos le hubieran dicho i con mucha razon: “Cobarde, abandonais el puesto cuando estais en peligro, porque no teneis la enerjía de sosteneros.—Habeis gobernado cuando era fácil, i no sabeis mantener la autoridad cuando la amenaza el desenfreno de la anarquía.—Os mostrasteis fuerte para escalar el poder, i os presentais sin ánimos para sostenerlo. . . .”—Tal hubiera sido el lenguaje con que se habrian espresado los partidos; i una mancha indeleble, la mancha de los cobardes, la mancha de los hombres sin conciencia, sin fé, sin patriotismo, sin corazon, sin intelijencia, habria caido sobre el señor Montt!

Pero este buen ciudadano, mal que les pese a sus enemigos, prefirió acarrear con la odiosidad de los partidos, ántes de permitir que se destruyese la República, i asumió el despotismo por tal de que no cayese el país en la anarquía.

En esta terrible lucha pudo cometer, es verdad, muchas injusticias; ¿pero quién no yerra en tan críticas circunstancias? Pudo usar de arbitrariedades; ¿pero quién no se parapeta cuando se ve atacado? Pudo echar mano de vedados medios; ¿pero quién no prefiere el menor de los males cuando le amenaza uno mayor?

Para enfrenar la revolucion que iba a desquiciar el país, necesitó el señor Montt de facultades estrordinarias; nece-

sitó levantar ejércitos; necesitó invertir los caudales públicos en defensa del orden público; necesitó aprisionar i desterrar a los hombres que amagaban la tranquilidad del Estado; necesitó asumir ese poder despótico i dictatorial que requerian las extraordinarias circunstancias de la época; necesitó, en fin, de la compresion para evitar la anarquía i para mantener ileso el principio de autoridad que la oposicion pretendia destruir con grave perjuicio de la moral política i de la instabilidad de todo orden i de todo gobierno.

Ahora bien, ¿fué por la voluntad propia del señor Montt o fué compelido por los revolucionarios que el Presidente pidió al Congreso facultades extraordinarias, que gastó capitales, que levantó ejércitos, que encarceló i espatrió a muchos individuos tan ilusos de buena fe como peligrosos de hecho? ¿Se puede hacer creer al país que por capricho, por terquedad, por deseo de dañar, el señor Montt hiciese todo esto?—I si él se ha visto obligado a ejercer esa especie de tiranía necesaria, ¿por qué atribuirle todos los males? ¿Por qué hacerle únicamente responsable de la sangre vertida en los campos de batalla? ¿Por qué acusarlo de dilapidacion i despilfarro en los fondos públicos? ¿Por qué compararlo a los Rosas i a los Monagas?

¿Acaso el señor Montt no hubiera preferido la tranquilidad a la guerra? ¿Acaso no habria deseado ver a la patria próspera, tranquila i feliz? ¿Acaso no hubiera evitado a costa de su misma sangre, pero no a costa de sus principios, pero no a costa de sus convicciones de majistrado i de ciudadano, la revuelta? ¿Se le puede imputar al ex-Presidente la bajeza de haberse usurpado los caudales del Estado? De niugun modo; i esto lo decimos en justicia i en honra de nuestro pais. Pues entónces es claro que no teniendo interes personal los empleó en beneficio de la tranquilidad de la República, i que empleándolos en fa-

vor de esa tranquilidad, no merece reproches tan amargos i tan ofensivos cómo los que injustamente le prodiga, tanto en este, como en todo sentido, la prensa *independiente*.

Seamos alguna vez equitativos con los hombres, i en lugar de escudriñar con tanto afán sus errores, hasta el punto de suponérselos para echárselos en cara, sepamos distinguir sus virtudes para contrabalancear sus desaciertos; pues, aunque es verdad que deben descubrirse los primeros para no volver a caer, también es cierto que es preciso distinguir las segundas para apreciarlas i para que el público aprenda a imitar lo que siempre debiera ejercer.

Pero ántes de dejar este capítulo vamos a hacer algunas reflexiones que, aunque no versan sobre un caso particular como el de que nos ocupamos, pueden sin embargo ser aplicables a todos los países i con especialidad a nuestras repúblicas en donde el espíritu de revuelta parece ser la enfermedad endémica de estas sociedades.

Nuestro axioma es: que la libertad no se puede obtener empleando como medio la violencia; que los déspotas no se pueden aniquilar haciendo uso de un despotismo mayor cual es la fuerza, porque esto seria lo mismo que querer plantear la virtud practicando el vicio, o establecer la democracia por medio de la esclavitud.

Los hombres se han equivocado i se equivocan todavía cuando para revindicar sus derechos, cuando para abogar por sus garantías, cuando para consolidar su libertad, emplean la fuerza; porque la fuerza es la que atropella el derecho, la que aja las garantías, la que pisotea la libertad, la que establece un poder tan despótico como variable i que no tiene apoyo ni en la conciencia, ni en la razon, ni en la moral, sino solo en el versátil capricho del que puede mas, en la movediza arena del predominio mas absurdo, del predominio de las bestias feroces que es el predominio de la fuerza.

Los revolucionarios que hacen uso de la violencia para establecer la libertad, se contradicen asimismos, nosaben lo que quieren ni a lo que aspiran, pues lo que pretenden conseguir por el pensamiento que los guía es destruido por el medio que emplean.

Los verdaderos revolucionarios son los hombres de ideas, los hombres pacíficos, los hombres de progreso. Los verdaderos revolucionarios son los filósofos con sus teorías, los sábios con sus descubrimientos, los poetas con sus concepciones, los artistas con sus obras, los industriales con su trabajo: estos son los que minan los despotismos, los que rompen el embrión de la esclavitud i los que establecen la libertad; porque ellos desarrollan en el hombre la inteligencia para conocer sus deberes i sus derechos, el principio de su soberanía por la satisfacción de sus necesidades, i la dignidad de la humana especie por la destrucción pacífica de todo privilegio que no tenga por base a la virtud i que no lo conquiste el talento.

Pero llamar revolucionarios a los que con sus violencias hacen retrogradar a la humanidad, es un absurdo. Llamar revolucionarios a los jefes de motin que llevan consigo la destrucción i la muerte, es su contrasentido, una aberración de la inteligencia, una falsa interpretación de la idea i de la palabra.

¿Pueden llamarse progresistas los que traen el retroceso i detienen al hombre en el camino del adelanto físico i moral a que aspira? Los que atan su cuerpo con las ligaduras de la fuerza i su inteligencia con los lazos del despotismo que esa misma fuerza produce?

Los países mas adelantados i libres no son aquellos donde ha habido mas combates sino donde ha existido mas tranquilidad. La Inglaterra a pesar de su sistema monárquico es una de las naciones mas prósperas i uno de los pueblos mas libres; i los Estados-Unidos, en contraposición

con nuestras repúblicas, han llegado a la cúspide del bienestar, mientras que nosotros apenas nos encontramos en los cimientos; porque allí ha existido armonía i acá revuelta; porque allí ha imperado la paz que enjendra siempre el progreso i la civilizacion, i acá la guerra que trae el atraso i la barbárie.

Dígase lo que se quiera: la revolucion que emplea la fuerza no lleva consigo la libertad sino la esclavitud; i si esto es positivo aun respecto de aquellos movimientos que se hacen en virtud de un pensamiento noble, ¿qué será cuando ese movimiento no lleva la impulsión de una idea? Qué será, como sucede entre nosotros, cuando esa revolucion no formula un programa ni se guía por un principio?

Si esa mezcla informe que se llamó oposicion, no hubiera combatido al Gobierno coñ las armas en la mano ¿no es positivo que la libertad tan cacareada i tan desconocida existiria talvez entre nosotros? ¿Qué la carnicería de los fratricidas combates no habria tenido efecto? ¿Qué los fondos públicos estarian en arcas o fomentarian la naciente industria de nuestro jóven país? ¿No es verdad que la paz habria traído la civilizacion i la abundancia en lugar de los conflictos financieros i políticos que produce la guerra? ¿I no es cierto que la República serviria de ejemplo por su tranquilidad, por su cordura, por su progreso a nuestros infortunados hermanos de la América? —Entónces, —¿por qué atribuir del todo al señor Montt males que han proveído en su mayor parte de los errores i de los desaciertos de aquellos, que, sin tener en cuenta las consecuencias de la guerra civil, impulsaron al pueblo a la anarquía?

Lo repetiremos mil veces, porque es necesario que esta verdad se grave profundamente en la conciencia de nuestros conciudadanos: la revolucion armada es siempre un mal, cualquiera que sea la idea que ella defienda; i es un mal infinitamente mayor, cuando esa revolucion no tiene ni en-

seña cierta ni principio fijo: en el primer caso, porque la verdad, la justicia i la razon son mal apoyados por el abuso i el error; i en el segundo, porque valiéndose de la fuerza para patrocinar el capricho i no el pensamiento, la passion i no el derecho, la ambicion i no la equidad, el espíritu de partido i no el amor del pueblo, se perturba el orden i se inculcan nociones falsas i subversivas que desquician la moral del ciudadano i la conciencia del hombre, dando en tierra con la tranquilidad del Estado i con el progreso de los individuos, progreso que tiene su origen en esa misma tranquilidad que los revolucionarios de nuestros países destrozán sin darse cuenta de los males que causan a la nacion i que se acarrearán así propios.

Terquedad gubernativa.

Pero no se había aun iniciado la lucha cuando el gobierno del señor Montt saltó de la mansedumbre a la terquedad i de la tolerancia mas débil al despotismo mas absoluto; i esta transicion tan rápida i tan violenta, en lugar de aquietar los espíritus los exaltó, i en lugar de aniquilar el incendio que quizá se habría apagado por sí mismo, le echó materias inflamables para que mas pronto ardiera la intensa llama de la guerra civil que alumbró i devastó la República.

Una porcion de ciudadanos amantes de su país, pero exaltados, quiso reunirse para hacer ver el error de muchos principios que nuestra carta fundamental apoya; pero esa reunion causó temores al Gobierno, i ese Gobierno que había tolerado con paciencia el insulto grosero, aprisionó a los que iban a discutir espontáneamente las ventajas o desventajas de la lei; i todos los diarios, con escepcion de aquellos que pertenecían a la administracion, fueron suspendidos

en el acto, sin perdonar al mas antiguo de ellos, el *Mercurio*, que, si bien habia sido hostil, se mostraba moderado en sus ataques i justo en sus recriminaciones.

¿Cuál fué el resultado que trajo consigo esta medida i cuáles fueron las consecuencias que acarreó este lujo de autoridad? Si con ese despotismo instantáneo se hubiera ahogado el jérmen de la revolucion, el resultado habria sido mui benéfico para el país; pero la terquedad administrativa, en lugar de contener la tormenta, cerró las válvulas por donde hubiera podido escaparse el furor de los partidos; de modo que esta condensacion de los vapores revolucionarios ocasionó el inmediato estallido; i a quello que se creía evitase la guerra civil, fué justamente lo que en el instante la produjo, porque la compresion las mas veces trae el rompimiento.

Esta tirantés de parte del Gobierno, tirantés tanto mas sensible cuanto se habia mostrado el dia ántes indulgente hasta la debilidad, exacerbó los ánimos, bastante afectados ya por otras causas, i se dió principio a una de las mas terribles aunque cortas luchas porque ha pasado nuestra República.

Dado una vez el grito de insurreccion por varios pueblós, ya no hubo alternativa para el Gobierno, siéndole imposible vacilar; i como habia ensayado el sistema de la libertad saliéndole mal, se echó a ojos cerrados en el principio opuesto, viéndose en la obligacion de sostener el método restrictivo que las circunstancias le hacian seguir i que deseaba adoptar para ver si le era posible encarrilar o destruir la demagogía que llamaba a los pueblos a la revuelta.

Esta transicion fué una falta grave; i si bien es cierto que los elementos de la anarquía se habian combinado de antemano, quizá no hubiese estallado la revolucion, siendo talvez posible sofocarla al principio, si el Gobierno, sin de-

jar de ser prudente, hubiera adoptado una marcha moderada pero firme; no ya practicando esa tolerancia pasada, tolerancia que rayaba en debilidad, sino ejerciendo su legítima autoridad en el radio de sus incuestionables derechos, sin apelar a las medidas extremas, tales como los estados de sitio, las facultades extraordinarias i los encarcelamientos de ciudadanos que, al ménos en apariencia, no habian cometido otro delito que el empeñarse en trabajar por la reforma de nuestra carta, i por cuyo motivo estaban muy léjos de merecer un castigo, pues no tenian crimen alguno que los hiciese acreedores a la prision que tan despóticamente les fué inferida por las autoridades. Pero no es este el único error de trascendencia que tendremos que criticar a la administracion del señor Montt.

Una vez declarada la lucha, una vez puestos los ejércitos uno en frente de otro ¿por qué no hizo el Gobierno cuanto estaba en su mano para evitar la matanza?

Sabemos bien que el origen del mal estaba en aquellos que lo habian acarreado. Sabemos que ellos eran responsables de las desgracias del pais puesto que habian sido los autores i cómplices de la revolucion; pero vemos al mismo tiempo que un poco de mas flexibilidad de parte del poder, que algunas concesiones acordadas con tino i sin derogar los principios que sostenia la administracion, hubieran quizá calmado los ánimos i hecho deponer las armas a los combatientes.—¿I no valia, en verdad, la pena de hacer un sacrificio, de pasar por alguna humillacion, si cabe humillacion en el que obra a impulsos de la humanidad, el ahorrar al pais cuatro mil vidas i economizar algunos millones? Pero dado caso que los revolucionarios rehusasen las propuestas, i dado el caso que sus exigencias fuesen inacceptables; ¿no habria visto el pais i todos aquellos que se interesan en nuestra marcha, las pacíficas disposiciones del Gobierno? No hubiera podido decir el señor Montt: “Yo

he hecho cuanto estaba de mi parte: yo he ido aun mas allá de lo que me era posible ir por tal de conseguir la paz:—Caigan, pues, de lleno sobre esos hombres obsecados i sin civismo los males de la patria?"

Se dirá que los que obraban en el terreno de la justicia no debian cejar i que los que habian cometido el delito estaban en el deber de pedir el perdon—convenimos en ello; pero es preciso advertir que en las cuestiones políticas uno puede ser engañado sin ser criminal, i que, cuando ellos pretendian derrocar al señor Montt, creian hacer un servicio al pais en lugar de arruinarlo. De consiguiente que el gobierno constituido tratase con ellos, no era lo mismo que tratar con unos bandoleros, sino con ciudadanos de buena fé pero ilusos, con hombres que deseaban el bien de su patria esponiendo sus vidas por conseguirlo, i no con malvados que encontraban su lucro en la revuelta. Así creemos que ir a buscar la tranquilidad del pais aun a costa de algun sacrificio, era a la vez patriótico i honroso; pero el Gobierno no quiso hacerlo i perdió esta bella ocasion de haber evitado la guerra civil; i cuando esto no hubiera sucedido, (que podia esperarse) perdió, sin embargo, la oportunidad de presentarse i de haber sido, en efecto, jeneroso, humano i magnánimo.

Para hacer el bien no se necesita de reglas, pues mas vale ceder a los impulsos de la jenerosidad que rodearse de estériles cálculos, i mas hubiera ganado la administracion con su induljencia que con su terquedad; pero en todo caso debemos atribuir la principal culpa de los males que affijeron a la Nacion i de cuyas consecuencias se resiente todavía el pais, a los que encabezaron los motines i no a aquellos que los contuvieron; a los que hicieron armas contra las autoridades constituidas, i no a los que sostenian el principio de la autoridad que es la base del orden i de la sociabilidad humana.

Pero independiente de lo que hemos espuesto, todavia hai otra recriminacion que hacer al gobierno del señor Montt, o mejor dicho, a él mismo, puesto que asumia todos los poderes, i que dependian de su exclusiva voluntad todas las determinaciones políticas o administrativas: i esta otra falta consiste en no haber dado la amnistía inmediatamente despues de la victoria.

En nuestra opinion la política verdadera, la política noble depende de aquellos actos jenerosos que demuestran a la vez tanto valor como elevacion, tanta enerjía como induljencia, tanta fuerza como benignidad i tanta conciencia del bien como desprendimiento para obrarlo. Esta política, dígase lo que se quiera, causa un beneficio inmenso a los Gobiernos, así como ilustra i desarma a los pueblos, por que presenta a la vista de todos, ejemplos dignos de imitarse; i hasta los odios mas encarnizados se doblegan o se ananadan, pues el hombre es siempre sensible a la jenerosidad.

Se nos objetará que, si el señor Montt hubiera dado ese paso, la República se hubiera encontrado en breve en un nuevo conflicto; pero este raciocinio no es mas que una mera hipótesis, miéntras que son una realidad los sacrificios hechos, miéntras que son una realidad las sumas invertidas en la manutencion de un ejército mui superior para nuestras entradas, i ese ejército se sostenia en pie porque siempre habia desconfianzas.

Pero dada la amnistía, las temores de otra crisis política se desvanecian de hecho; porque, a mas de haber sido rotos los elementos revolucionarios, a mas de haber quedado en la imposibilidad de obrar por la carencia absoluta de recursos, la nobleza del acto habria abierto los ojos a los jefes del partido opuesto, operándose asi una reaccion favorable para el Gobierno, i amortiguándose los resentimientos que pudieran haber tenido ántes, resentimientos

que, por la terquedad gubernativa i las penas del ostracismo, se cambiaron despues en concentrados odios, i tan profundos e irreconciliables que hasta la fecha, i cuando el señor Montt ha dejado el puesto, lo persiguen siempre con furor, tratando de llevarlo hasta los estrados de un tribunal.

El abuso de la fuerza i sus consecuencias.

Pero no se dió un solo paso con ese fin, ni quizá se concibió el pensamiento de una noble amnistía apesar de haberlo propuesto la prensa, sino que al contrario se continuó siempre en el sistema de restricciones i de rigorismo que se habia adoptado i cuyas fatales consecuencias estamos palpando.

En efecto, nada puede haber mas perjudicial i mas innecesario para nuestras repúblicas que el sostenimiento de una gran fuerza armada, pues es una fuerza inútil, porque no tenemos enemigos estraños que combatir; ruïnosa, porque absorve sin provecho nuestras pequeñas rentas; i perjudicial, porque el ejército, entre nosotros, no es ni puede ser jamas un elemento de orden, sino de perturbacion, pues la tranquilidad de estos países se ve amenazada constantemente por el capricho de un jefe de batallon que quiere sublevarse o de un jeneral que ambiciona ser el jefe supremo del Estado.

Si recorremos una a una las páginas que componen la corta historia de estas repúblicas, no podremos ménos de ver que la poca inestabilidad de sus gobiernos tiene su origen en el militarismo que ha perturbado i perturba cuando quiere el orden público, sirviendo a la vez de tentacion para los ambiciosos i de amenaza para los pueblos; i este vicio radical creimos que fuera destruido por el señor Montt

en Chile; pero lejos de hacerse algo a este respecto durante su administracion, la fuerza militar fué aumentada considerablemente con grave perjuicio del Estado.

Se objetará que el señor Montt se vió compelido por las circunstancias a mantener en pié de guerra un poderoso ejército—convenimos en ello; pero esta observacion muy justa cuando su autoridad se veia amenazada por la revuelta, carece de todo fundamento una vez que los amagos de la anarquía habian desaparecido, no quedando ni vestigios, ni posibilidad de nuevos trastornos como sucedió despues del triunfo obtenido en Cerro-Grande; pero desde esa fecha hasta en la que el señor Montt entregó la banda al señor Pérez, ¿por qué no disminuyó el ejército? ¿por qué mantuvo esa especie de paz armada que tan caro costó a la Nacion? Muchas veces le hizo la prensa de aquella época estas justas observaciones, mirando por los intereses públicos i teniendo en cuenta los espendios que orijinaba ese ejército, espendios que debian por una consecuencia lójica traer al pais hasta la bancarota; i sin embargo, el señor Montt no quiso escuchar los acentos de la razon, los cálculos sencillos de la pública conveniencia, i mantuvo, apesar de todo, ese ejército inútil ya i que absorvia las fuerzas productivas de la Nacion, comprometiendo el crédito del Estado hasta el punto de presentarlo en déficit.

Era preciso ser un ciego para no distinguir que al paso que ibamos marchábamos irrevocablemente a nuestra ruina, i sin embargo, así se continuó i así se sigue todavía.

Desde el 59 hasta el 61 hai un espacio de tiempo de dos o tres años, tiempo pasado en completa paz i en que no se divisaba ni el mas lejano amago de un trastorno. Ahora bien, si el señor Montt hubiera dado de baja a una parte del ejército en ese período de tranquilidad, ¿no habria ahorrado a la Nacion considerables sumas? ¿No es verdad que las arcas fiscales se encontrarían, sino repletas, al mé-

nos no vacías, i que el déficit grande o pequeño que hoi aparece no existiria? ¡I no es cierto tambien que el mismo señor Montt no habria sido el blanco de tantas recriminaciones como se le han hecho i se le hacen diariamente?

La mantencion del ejército en su estado normal cuesta anualmente al país cerca de dos millones de pesos, o lo que es lo mismo, casi el tercio de nuestras entradas (vicio-so estado de cosas que jamas se deplora como debiera i que jamas han combatido como pudieran nuestros patrióticos gobiernos.) De consiguiente, ¿cuánto gastaria ese ejército cuando se encontraba aumentado del tercio o del doble? ¡I a qué cantidad de dinero subiria el espendio en ese largo período de tiempo?

Por mui moderados que andemos en nuestros cálculos, no podremos ménos de creer que mas de dos o tres millones de pesos se han invertido inútilmente, esto es, sin considerar los brazos sacados a la produccion que es una verdadera pérdida para el país, i sin contar esa absorcion de la inercia que es tambien otro despilfarro de fuerza i otra polilla para el Estado en jeneral. I todo esto ¿por qué i para qué, cuando ya no habia un solo enemigo que combatir? Cuando los revolucionarios se encontraban sin recursos i reducidos a la imposibilidad de dañar, tanto por carecer de medios i encontrarse la mayor parte en el extranjero, como tambien porque los pueblos estaban hastiados de una lucha que los perjudicaba en sus intereses. Pero este abuso de fuerza, emanado de un miedo pueril, trajo las consecuencias que hoi deplora la República i que la misma administracion quizás lamenta, porque no podrá ménos de sentir los perjuicios que acarreó a la nacion esa medida tan absurda como inútil, tan perniciosa como innecesaria.

La revolucion triunfante es la anarquía.

Pero acumúlese tiranía sobre tiranía, arbitrariedad sobre arbitrariedad, despilfarro sobre despilfarro, mal sobre mal, i todo este conjunto de desgracias no equivaldría a una sola desgracia: el triunfo de la revolucion; porque ese triunfo implicaba la ruina del país, pues implicaba la anarquía; porque ese triunfo hubiera hecho de Chile un otro Méjico, llevando a la República a la desorganizacion interior, a los reclamos del extranjero i al abismo de una intervencion armada, abismo en que puede sepultarse con facilidad la independendencia, la soberanía, la nacionalidad de un pueblo libre, de un pueblo que ántes tenia un nombre en el catálogo de los países, que rejia sus destinos con su voluntad propia i que despues, a causa de la anarquía, se ve con la sogá del despotismo extranjero puesta en su garganta, como sucede hoi a nuestros hermanos del Norte.

Dígase que el señor Montt ha sido un tirano, critíquense sus actos con la dureza que nosotros lo hacemos, llévase aun mas allá lo acerbo de las recriminaciones, abúltense como se quiera los gastos que él ha hecho, el favoritismo que ha ejercido, los destierros, las prisiones, las muertes que se han efectuado durante su Gobierno, siempre queda de pié un beneficio inmenso que vale mas que todos esos parciales males: el haber contenido con un brazo poderoso, con una voluntad firme, con una intelijencia vijilante la revolucion que nos precipitaba en la anarquía.

Si el señor Montt se hubiera mostrado débil, si hubiera abandonado el puesto por no sostener la lucha, si por el susto de los combates, si por el temor de la crítica, si por un principio de humanidad mal entendido, le hubiese dicho a los aspirantes políticos: "no me hagais la guerra, dejadme tranquilo i tomad el mando que ambicionais."—

¿Qué hubiera sido de la patria entre tantas opiniones diversas, entre deseos tan opuestas, entre aspiraciones tan distintas, entre ambiciones tan encontradas, entre intereses, entre ideas, entre principios tan diverjentes?

Uno puede trasportarse con el espíritu a ese desórden, a esa confusion, a ese caos; pero la intelijencia no alcanza a medir la profundidad del abismo. Uno concibe el hecho, pero no puede apreciar el resultado por sus detalles; porque esta apreciacion i estos detalles dependen del acto; i el que no se consumara ese acto fué la obra grande del señor Montt: esa obra que nadie ha apreciado como merece ser apreciado, i que en vez de acarrear al hombre un elojio, una demostracion pequeña de gratitud de parte de sus conciudadanos, solo le ha valido acusaciones acerbas, dicterios soeces i odios profundos: tal es por lo jeneral la humana justicia, ella mira solo los defectos i rara vez estima las virtudes, porque mas dolor nos causa un mal por lijero que sea que el reconocimiento que sentimos por un gran beneficio.

Echemos una mirada retrospectiva i pongámonos en una época no mui lejana cuyos acontecimientos i cuyos recuerdos deben estar todavía frescos i palpitantes; veamos por un momento lo que hubiera sucedido al país si la revolucion del año 59 hubiera vencido al Gobierno. I no se diga que nuestras deducciones son puramente caprichosas o que es una sintesis imaginaria la que proponemos, pues vamos a marchar por el órden lójico de las cosas, sacando de los hechos las consecuencias que naturalmente arrojan.

Supongamos que el señor Montt hubiera cedido o hubiera caído, lo que viene a ser lo mismo, pues esto era la aspiracion constante i única del partido opuesto. ¿Quién habria asumido el poder?—¿Sería Pradel que encabezaba una montonera entre Arauco i Concepcion? Tirapegui que amenazaba con la suya a la provincia de Chillan? Vallejo que

se atrincheraba en Talca? Carrera que dominaba entre San Fernando i Rancagua? Gallo que formaba un ejército regular en Atacama con una actividad, talento i enerjía dignos de mejor causa i que marchaba victorioso hasta Coquimbo? O los mil cabecillas que habrian surjido de las insurrecciones de Valparaiso, Santiago i San-Felipe? ¿Habria cada uno de estos jefes, con fuerzas a su servicio, con ideas particulares, con fines exclusivos, con ambiciones personales, con miras propias, delegado la parte de autoridad o de fuerza que poseian en un solo hombre? ¿Qué unidad podia resultar de este desórden? I como, deseando cada uno para sí el mando, se habrian resuelto todos a entregarlo pacíficamente? Por otra parte, ¿dónde encontrar aquella autoridad que se creyese capaz de satisfacer todas las exigencias de los que habian contribuido a formarla, porque es indudable que cada uno pediria una parte de presa, un jiron del destrozado manto?

Los cantorberianos fanáticos, los liberales rojos, los pelucos retrógrados, los moderados de estos i de aquellos partidos, ¿cómo se habrian avenido, cómo habrian dejado que pacíficamente triunfase su enemigo, i que les arrebatase la pitanza o el predominio que, con razon o sin ella, podian ejercer?

Pensar en que estos elementos heterojéneos se regularizasen, es pensar en un imposible: es suponer que la armonía nace del caos: es creer lo que está fuera de todos los cálculos o contra todas las probabilidades.—Lo que hai de cierto es que una vez caido el señor Montt, todos esos jefes de motines, todos esos jefes de montoneros, todos esos jenerales improvisados, todos esos tribunos de revuelta, se habrian destrozado unos a otros, cayendo el país en la mas completa anarquía; i en esa confusion i en ese desórden no habria habido seguridad para nada ni para nadie: vidas i propiedades, trabajo e industria, civilizacion i progreso,

libertad i autoridad, todo, todo se hubiera ahogado en un charco de sangre, i nuestra República quedaba de hecho transformada en un embrion informe i repugnante donde no se reconoceria mas lei que el pillaje, mas órden que el capricho de esos mandatarios de un día, ni mas moralidad que la del puñal de nuestra plebe; i como complemento a tanto *bien* producido por el triunfo de la revolucion, hubiéramos tenido el temor incesante de la vida, la pérdida absoluta de la propiedad, el bandalaje organizado, el abandono de toda labor; i con esto la miseria i el hambre, entrando como final la amenaza armada de las naciones ofendidas, la reparacion de agravios, la indemnizacion de perjuicios, i talvez, talvez le organizacion a balazos que nos hubieran hecho aceptar, i con justicia, los gobiernos de Europa:—Este es el estado a que nos hubiera reducido la revolucion triunfante; i esto es lo que ha impedido el señor Montt:—Las pasiones lo condenan hoi; la historia lo justificará mañana.

Calificaciones i sus abusos.

El país se encontraba tranquilo en el año 60. Se aproximaba la época en que los ciudadanos van a inscribir sus nombres en los registros de la patria para tener el derecho de ejercer su soberanía: nada, nada autorizaba el abuso. Las arbitrariedades de todo jénero que la autoridad puso en planta para burlar la voluntad nacional, fueron el sarcasmo mas indigno, el insulto mas grosero que se puede hacer a un país; i la infraccion de la primera lei de una república, el desquiciamiento de su piedra fundamental lo cometió el gobierno sin motivo, sin pretexto i con desdoro de la nacion como con perjuicio de él mismo.

El señor Montt pudo haber probado al país, i la ocasion era hermosa, que sus enemigos lo habian compelido a usar un despotismo obligado, dejando al ciudadano en completa libertad i no echando mano de los manejos secretos del poder para anular la soberanía del pueblo que es la soberanía racional i la única de donde emana la autoridad lejitima. Pero los hombres se habitúan sin duda, una vez que han hecho predominar su voluntad, a no escuchar mas que lo que ella les dice, sin darse cuenta que este capricho que llega a ser vicio, i mas que vicio, pues llega a ser crimen en los hombres del poder, perjudica a los gobernantes i a los gobernados: a los primeros, porque la autoridad que ejercen es una autoridad usurpada i vacilante; i a los segundos, porque se acostumbran a mirar sin respeto todo gobierno.

Los mandatarios no saben, sin duda, cuanto corrompen i cuanto mal hacen al pueblo con estos abusos: no saben que destruir la libertad es aniquilar el progreso: es detener la civilizacion en su marcha ascendente: es llamar al despotismo en auxilio de la República: es transtornar el Estado i enjendrar la discordia en el país....

Los mandatarios que cometen estos abusos, no son ya los sostenedores del orden, sino los que provocan el desorden: son los anarquistas verdaderos, los verdugos de su patria, pues la esclavizan i destrozan.... De manera que no pudimos ver sino con disgusto i con espanto los abusos del Gobierno del señor Montt en las pasadas calificaciones.

Desaliento, vergüenza, horror nos causó aquel atentado que podemos llamar sin exajeracion, crimen de lesa-patria, i muchas veces tomamos entónces con calor la pluma en defensa de los derechos del pueblo que la autoridad conculcaba valiéndose de su poder.

La prensa en jeneral no se cansó en esa época de decir al Gobierno: "Vais mal, porque perdeis al país i os perdeis

vos mismo;”—pero ese gobierno se hizo ciego i no quiso ver lo que se le ponía ante los ojos; se hizo sordo i no quiso escuchar lo que la trompeta de la publicidad le gritaba al oído; se hizo mudo i no quiso pronunciar una palabra que desvaneciera los graves cargos que se le hacían, sino que ciego, sordo i mudo continuó siempre en el camino de arbitrariedades que se había trazado, i llevó a las mesas calificadoras rejimientos de peones que servían en las faenas del Estado i que estaban bajo la inspección i bajo la férula de los dependientes del Gobierno: llevó rejimientos de policiales que, patrocinados por sus jefes i sus jefes por la administración del señor Montt, se inscribieron en los libros impidiendo conseguir a los verdaderos ciudadanos el derecho de sufragio: llevó a sus empleados i a sus adictos a quienes se les abría calle ancha para que se anotasen; i no contento con esto, puso todas las cortapisas imaginables a todos aquellos que tenían solo las apariencias de serle hostiles, empaquetando de este modo las calificaciones i haciendo crecer la indignación i el desaliento en los pueblos: la indignación, porque palpaban el abuso; i el desaliento, porque se encontraban en la imposibilidad de contenerlo.

¡Qué pobreza de inteligencia muestran los hombres del poder cuando se echan en brazos de una arbitrariedad tan manifiesta! Qué falta de patriotismo, qué carencia de ideas, qué poca elevación señalan! ¡Cuán pequeña i cuán despreciable se hace la autoridad cuando se consigue a costa de tanta bajeza!.... Esto es lo mismo que cubrir sucios harapos con un manto de púrpura, la miseria vil con el ropaje del mérito, i la intriga cobarde con el manto honorífico de la rectitud que lleva por emblema la justicia.

Empero, las calificaciones se hicieron así, i el Gobierno del señor Montt obtuvo la triste seguridad, no ménos que la triste gloria de hacer un Congreso suyo i no un Con-

greso de la nacion; municipios suyos i no municipios de los pueblos; i un Presidente elegido por él i no un Presidente llamado por el libre sufragio de sus conciudadanos.

Cuándo, cuándo será el dia que veamos en Chile imperar la libertad! ¿Hasta que época continuarán los pueblos en este pupilaje servil i degradante? No lo sabemos; por que se dice que todavía no estamos en estado de gobernarnos; que todavía no tenemos el suficiente juicio para darnos rectos mandatarios, que todavía somos mui idiotas para ejercer esa soberanía que la lei nos acuerda!—I si es así, ¿por qué no se destroza esa lei? ¿De qué sirve una órden que no se cumple i un mandato que no se observa? Mas valiera en tal caso que pusiésemos en armonía nuestros pensamientos con nuestras acciones i que la lei no desmintiese la práctica, pues, así dejaríamos de ser incoñsuetos como somos.

¡Pero decirnos que somos libres i quitarnos la libertad! Decirnos que hagamos uso de ella i atarnos al mismo tiempo las manos, es lo que puede haber de mas contradictorio, de mas absurdo, de mas insultante!

En conformidad a estas ideas, nuestros pretendidos maestros nos esplican sus doctrinas en estos términos: “Sois libres, nos dicen, pero no sabeis ser libres i para enseñá-roslo os vamos a esclavizar.” Esta lójica es digna de admiracion; pero este es el lenguaje en que se espresan nuestros Mentores. Segun ese modo de argumentar, nosotros pudiéramos decir a nuestros Solones chilenos: “para conseguir la virtud es necesario practicar el vicio, así como para saber rogar a Dios es indispensable rezar primero al diablo.” El silojismo es idéntico, porque es la misma premisa i la misma consecuencia.—Juzgad.

Lo decimos con una conviccion profunda: si la América Española está atrasada, si es ignorante i fanática, sino tiene industria, si yacen sus poblaciones en la miseria, sino

poseen hábitos de orden, de moralidad, de justicia, si carecen de dignidad, es porque sus pueblos no han ejercido nunca la soberanía: es porque jamás hemos sido libres: es porque siempre nuestros gobiernos han obrado de la misma manera que obró últimamente el señor Montt.

La libertad es el principio i el término, es la enseñanza i la práctica, es el rudimento i la ciencia, es la doctrina i el templo, es la cartilla de la virtud i la virtud misma, i por esto los pueblos que la ensayan comienzan a ser grandes, prósperos i felices desde el instante que la practican: basta principiar para recojer el fruto.—Mirad a los Estados Unidos de la América del Norte i vereis si lo que aquí decimos no es una verdad práctica.

Sin separarnos de nuestro asunto, hemos talvez disertado un poco; pero quién no se siente impresionado al ver las desgracias de nuestra patria! Pues nosotros llamamos patria a todo el Continente Americano que ha tenido el mismo oríjen, que habla la misma lengua, que adora a Dios con la misma fé i que tiene las mismas costumbres con virtudes i vicios comunes e idénticos. Nosotros llamamos patria a todas estas patrias, i por esto nos condolemos de la suerte de cada una de ellas como la de aquella en que hemos nacido. I por eso, al tocar nuestras heridas, sentimos las de nuestras hermanas, i cuando queremos aplicar un bálsamo para nosotros lo deseamos tambien para los demas. Hé aquí el motivo porque siempre jeneralizamos i porque ocupándonos de una cuestion puramente chilena nos estendemos hasta toda la América, porque en toda ella los pueblos son víctimas de los mismos abusos, padecen de los mismos errores i sufren de las mismas desgracias.

Pero dejemos a un lado estas divagaciones para concretarnos al asunto que nos ocupa.

La protesta del señor Varas.

Nos gusta mas, mucho mas teñer que admirar el mérito i rendir un justo tributo a la virtud, que el sondear las llagas sociales i hacer uso del escalpelo de la crítica para cortar el cáncer; porque el alma se ensancha, se engrandece, toma nuevo vigor, nuevo aliento, nueva fe i una esperanza nueva, cuando contempla una accion heróica, pues entónces ve la parte hermosa de la humanidad sin las manchas que la afean, i cree próximo el tiempo de esa fraternidad productiva i simpática que forma la naturaleza del hombre; mientras que cuando observa que la ambicion nos empuja hácia el abuso, que la envidia destruye nuestras cualidades i que las malas pasiones triunfan por todas partes con grave perjuicio de nosotros mismos, el espíritu se abate, se anonada i pierde su mas bella esperanza, su idealidad mas bella: la armonía.

Pero cuando de entre las inmundas heces del egoismo vemos levantarse al desinterés, cuando de entre las bajas intrigas de los políticos se alza el desprendimiento, i de los vapores de la adulacion nace la humildad i el sacrificio, podemos decir regocijados: la virtud existe!..... I cuando de en medio de esa turba de aspirantes rastreros, sale un hombre que todo lo merece i que nada desea para sí sino para su patria, podemos esclamar: Aun es posible la República!.....

Nosotros sin conocer al señor Varas, teníamos el presentimiento de su honradez; i por una especie de intuicion distinguimos su virtud, i sabíamos de antemano, lo sabíamos sin ver a nadie i sin hablar con nadie, lo sabíamos sin acercarnos a él i ántes de haber leído su protesta, que jamas aceptaria el puesto que le ofrecian sus amigos. I por un instinto secreto, de que uno no se da cuenta, pero que

sin embargo es un lazo real i existente, presentíamos que el señor Varas iria mas allá de donde se detiene el vulgo. I esa voz interior, esa voz misteriosa i vibrante que habla al corazon sin estruendo, pero que le previene de los acontecimientos sin jamas engañarlo, nos decia claramente: “Ese hombre no aspira a ser el primer majistrado, sino el primer ciudadano;”—i no nos equivocamos, felicitándonos por él i por nosotros del acierto de nuestros cálculos, o mas bien dicho, de nuestros presentimientos; pues si nos hubiéramos dejado guiar por esos cálculos, como lo hicieron los demas, habríamos errado como erraron ellos, como erraron sus enemigos i hasta sus partidarios: habíamos errado como erraron todos.

Pero el señor Varas comprendió que la verdadera grandeza consistía en el abandono del brillo aparente i tomó para sí la gloria real. Supo dejar lo falso por lo verdadero: supo ser hombre i supo ser ciudadano;—no como el ciudadano i el hombre de nuestros tiempos a quienes solo guia el cebo vil de la codicia, sino como el ciudadano i el hombre de los tiempos heroicos de la antigua Roma que solo tenian en vista la virtud i la patria.

¿Quién impidió al señor Varas que asumiese el primer puesto?—Su voluntad i nada mas que su voluntad. El tenia, no la posibilidad, sino la certidumbre de ser Presidente; porque podia contar con los sufragios de que sus partidarios se habian apoderado; porque los hombres influyentes que se encontraban en el poder, lo proclamaban en alta voz; porque se hallaba rodeado de fuerza i de prestigio; porque contaba con un partido poderoso que deseaba empujarlo adelante;—i sin embargo, no hubo fuerza humana que lo hiciese aceptar el mando: no hubo consideraciones de amigos, consideraciones de partido o de politica que lo obligasen a faltar a su palabra: no hubo argumentos que lo apartasen de sus principios; no hubo empeños o halagos

que le sedujesen: no hubo ambicion que lo hiciese cejar un ápice de sus convicciones profundas i de sus nobles propósitos; sino que prefirió a todo esto la tranquilidad de la patria: prefirió abandonar la escena política i retirarse completamente a la oscuridad por tal de que el pais marchase en paz!....

Despues de esto ¿cómo es que se atreven muchos de nuestros conciudadanos a criticar a ese hombre, a hacer befa de él i a presentarlo como a un tirano de la Nacion!—Pero, ¿cómo puede ser tirano el individuo que prefiere a su elevacion personal la tranquilidad pública? ¿Cómo puede ser ambicioso el que desecha el mando que le es mui fácil conseguir? ¿Cómo puede ser interesado el que sacrifica su fortuna por servir a su patria? ¿Cómo puede ser criminal el que ejerce ese desprendimiento, el que tiene esa elevación? ¿Cómo puede ser mal ciudadano el que antepone la prosperidad de la República a su prosperidad propia?....

Pero se dice que el señor Varas no aceptó la Presidencia porque traia consigo la revolucion. Está bien; ¿pero no es esta, por esa misma causa, una accion noble? I entónces, ¿por qué pretender disminuir el mérito? ¿Por qué se considera como un acto vulgar aquel que muchos no son capaces de hacer?—Si hemos de hablar con verdad i con la verdad i franqueza con que siempre nos hemos espresado, diremos: que la protesta del señor Varas es suficiente para desvanecer todo cargo, para hacer nula toda inculpacion, para probar ampliamente la virtud del hombre.... Toda crítica como toda calumnia desaparecen ante el brillo de esta accion i no pueden ni siquiera rozar el patriotismo que ella manifiesta, pues salta tan de bulto que no hai necesidad de explicarlo o comentarlo.

En la jeneralidad de los hombres existe una manera de juzgar temeraria, pues siempre están dispuestos a mirar las acciones de los otros bajo el punto de vista del egoís-

mo, buscándoles el flaco que las desvirtúe, sin concederles el mérito real que muchas veces tienen; porque hai en los individuos un fondo de envidia i de presuncion que los obliga a criticar lo que no les es dado imitar, i por tal de no confesarse inferiores prefieren aparecer injustos, si bien es cierto que su vanidad los ciega hasta el punto de persuadirles que a donde ellos no alcanzan nadie puede llegar, constituyéndose así en censores del mérito ajeno, mérito que no puede ir mas allá del de aquel que juzga. Por este motivo, la oposicion no quiso ver en la manifestacion pública del señor Varas mas que un pretexto para alcanzar mejor lo que codiciaba en secreto i un subterfujio para evadir la censura que merecia; i por este motivo sus partidarios continuaron en la misma táctica para favorecer los fines ocultos que suponian en él; pero unos i otros se equivocaron: los primeros con su odio, los segundos con su afeccion; por que ambos bandos, ño mirando mas allá de un círculo mezquino de ideas, no pudieron figurarse que existiese un hombre con pensamientos tan elevados que no cediese al aliciente del poder i de la fortuna que a todo el mundo halaga i seduce.

Pero lo que hai de estraño es la táctica que observó la oposicion a este respecto: ella trataba de lisonjear el amor propio del señor Varas al mismo tiempo que queria intimidarlo, para de este modo hacerlo desistir de los deseos que en él suponian. Tocaban la sensible cuerda del patriotismo para que renunciase, i la del temor para que no se atreviese; pues nunca creyeron sincero el noble desprendimiento del señor Varas, suponiéndole ocultas i culpables aspiraciones. Empero, cuando despuesse vió que el hombre no habia aceptado el puesto, no se hizo sin embargo oír una sola voz que lo alabase; i aquellos mismos que habian encomiado con calor el desinterés del señor Varas, en caso de practicarlo, no fueron capaces de decir cuando

cumplió su palabra: ‘ha sido un ciudadano honrado i digno’, sino que continuaron criticándolo como lo critican todavía.

Nosotros tambien combatimos la candidatura del señor Varas, pues escribimos en aquella época muchos modestos renglones en el principal diario del país, el *Mercurio*, sobre este mismo asunto; pero lo hicimos, no porque nos desagradasse el ciudadano que se proponia por candidato, sino porque anteponiamos a él el bien del país: lo hicimos, en una palabra, por amor a la patria i por respeto i afeccion al hombre.—I lo hicimos por lo primero, porque considerábamos que si el señor Varas asumia el mando, la guerra civil era probable i la ruina del país evidente; i por lo segundo, porque en nuestro juicio perdía el hombre, por una fútil ambicion, todo cuanto habia adquirido con sus actos; gustándonos, de consiguiente, mucho mas ver a la nacion tranquila i próspera, i al señor Varas desinteresado i digno: esto mismo es lo que ha sucedido en beneficio de la República, porque todo está en paz; en honra del señor Varas, porque no lo sedujo la ambicion; i en gloria i provecho de la América, porque este noble desinteres servirá, quizás, de ejemplo a los caudillos que hoi la perturban i destrozan sin mas miras que su engrandecimiento personal.

Como chilencs debiéramos tener a orgullo que existiesen entre nosotros almas de ese temple; i a parte de todo resentimiento i de todo odio, estamos en el deber de rendir homenaje al patriotismo, sino deseamos que nos tachen de injustos i de ingratos.



Elevacion ilegal del señor Perez.

¡Cuántas veces no se habrán arrepentido los principales jefes de la administracion pasada, de haber anulado la so-

beranía de la nación, pues con eso hicieron un mal sin obtener el mas lijero beneficio aun para ellos mismos!

Es preciso ser mui miopes para no conocer que donde hai abuso no puede haber derecho, i que ellos, al practicar lo uno han destruido lo otro.

Hai leyes, sea en el órden moral, sea en el órden físico, que no se pueden infringir sin que sufran los mismos que las quebrantan; así tambien para las naciones hai principios eternos que a nadie le es dado conculcar sin detrimento de los pueblos i de aquellos que, cegados por una falsa conveniencia, los rompen. Pretender establecer el bien, por medio del mal, la virtud por medio del crimen i la libertad por medio de la compresion, es pretender un imposible.

Esclavizar a una nación para que marche en paz, es quitarle sus elementos de vida i preferir la tranquilidad de los sepulcros al bullicio de la libertad.

Impedir que el pueblo elija a sus gobernantes, es destruir la soberanía de la nación, arrebatarle la voluntad al ciudadano i falsear el principio de autoridad que sirve de base a los gobiernos i de regla a los gobernados.

En ese caso el órden que se obtiene es aparente i no real: es la quietud pasiva, muda i automática del esclavo i no la tranquilidad que nace de la independendencia i que trae consigo la armonía.

Es mui triste la situacion en que se encuentra un país cuando no puede por sí mismo i en virtud de su voluntad elejir a los mandatarios que deben ocuparse de su porvenir; i este estado anómalo en que se hallaba la República era el resultado de la arbitrariedad cometida por el Gobierno del señor Montt, i esa arbitrariedad no podia producir otra cosa que la ilegalidad.

En efecto, no hai autoridad lejitima sin amplia libertad, i cuando un pueblo no tiene esta, no se puede bajo ningun

aspecto ejercer aquella; porque, emanando la una de la otra, es imposible que exista el edificio social cuando se ha destruido la base en que debiera apoyarse.

Los gobiernos nacidos del abuso, no son gobiernos sino despotismos: no representan a la autoridad, sino a la tiranía: no provienen de la libertad que constituye el derecho, sino de la fuerza que aniquila ese derecho.—De donde resulta que el que sostiene esa especie de autoridad i el que la acepta, que el que la da i el que la toma, cometen una falta grave, porque disponen i se apoderan de un bien que no les pertenece.

Esta cuestion de ilegalidad no se han atrevido a tocarla los partidos, porque esos partidos no obran en bien de la patria sino de sus intereses; no miran la lei sino la conveniencia; no abogan por el derecho sino por el capricho; i no quieren el triunfo de la justicia sino el de la ambicion i el del lucro: así es como la oposicion no dijo una palabra sobre la eleccion del señor Perez, porque esperaba atraérselo a sus miras; i el Gobierno no desplegó sus labios, porque no le convenia hacer patente un abuso cometido por él mismo;—i así es tambien como se burlan los unos i los otros de la nacion i su soberanía, del pueblo i sus derechos!.....

La República no es una propiedad que se arrienda, se entrega i se recibe bajo inventario, ni sus habitantes son ganados que pasan de unas a otras manos en virtud de la voluntad de un amo que vende i de la aquiescencia de de un amo que compra. Nó: la soberanía del pueblo es inviolable, si es verdad que existe la democracia; i aquellos que avasallan esa soberanía, bien sea anulándola o aceptándola en ese estado, están mui léjos de respetar el fuero mas sagrado de las naciones i los derechos mas léjimos i mas incuestionables del ciudadano i del hombre.

Nosotros no tomamos en consideracion los partidos i sus

intereses, los egoismos i sus flaquezas, los individuos i sus pasiones, sino que nos encaminamos hácia un fin, llevando por enseña una idea: la LIBERTAD I SOBERANIA DE LOS PUEBLOS;—i ya se crean los unos o los otros amagados por nuestra manera de pensar i de espresarnos, marcharemos siempre adelante, sin tomar en cuenta las personas, porque está en los intereses de la nacion el que no se la conduzca con otra locomotiva que la justicia, la imparcialidad i el derecho, ni se la guie con otra brújula que la libertad.

En conformidad a estas opiniones nos es imposible ocultar lo que estamos en obligacion de decir: la autoridad del señor Perez es tan ilejítima, cuanto ha sido abusivo el gobierno que se la confirió; i su elevacion a la presidencia es tan inconstitucional, como fué arbitrario el poder que lo colocó en calidad de jefe supremo del Estado.

Esa eleccion unánime, canónica, como vulgarmente se dice, ¿fué la espresion de la voluntad nacional o fué el resultado del despótico poder de la administracion pasada? Esa unanimidad, eso de no haber un solo voto en contra en todos los colejos electorales, prueba hasta la evidencia no la popularidad del señor Perez, porque todavía no habia mostrado al público méritos suficientes para adquirirla tan grande i tan jeneral, sino el abuso de un pequeño círculo.

Todo el mundo lo vió, i al mismo señor Perez no podia ocultársele que la nacion no intervenia en la eleccion, i que, así como fué nombrado él, lo pudo haber sido otro cualquiera, porque todo dependia del Gobierno en lugar de depender del país. Quizá nos equivoquemos, pero, en nuestro humilde concepto, este solo hecho basta para probar que la eleccion de que hablamos fué ilegal, i que la autoridad emanada de esa eleccion es ilejítima.

Al sentar esta proposicion, a mas de venir en apoyo la razon i los principios porque se dirijen los pueblos ilustra-

dos i libres, creemos hablar en conformidad a la lei i con arreglo a la Carta fundamental del Estado que dice: “el Gobierno de Chile es popular i representativo;” i mas adelante: “la soberanía reside esencialmente en la Nacion.”— De consiguiente toda autoridad que no emane del pueblo i que no sea la espresion de su soberanía, es ilegalmente constituida: aquí no puede haber subterfujios ni caprichosos *distingos*, porque la lei es clara i terminante.

De este hecho surge inevitablemente otra cuestion que es la siguiente: Debe un ciudadano aceptar una comision contraria a la lei? Debe aceptar la Presidencia cuando no se la ha dado el pueblo, es decir, el único que tenia el derecho de concederla? Nosotros creemos que no: porque en ningun caso se debe atropellar la lei, i sobre todo, la lei fundamental de una nacion; porque en ningun caso es dado apoderarse de una propiedad cuando el dueño de ella no la ceda voluntariamente: obrar de otro modo no es obrar con justicia, i es de hecho hacerse cómplice de un mismo delito porque es sancionar la arbitrariedad cometida.

Pero en la situacion anómala en que se encontraba el país, no pudo quizás el señor Perez obrar de otra manera por bien del país mismo, inclinándonos a creer que el actual Presidente aceptó el cargo, aun viendo el abuso i la inconstitucionalidad, con la buena intencion de conservar la paz, de hacer desaparecer el espíritu de partido, de calmar los odios i de encaminar la República en la senda saludable de la libertad hasta hoi desconocida. Si esta fué su intencion i su propósito, como no lo dudamos, basta para justificarlo i la Nacion puede esperar de él muchos bienes. —Los actos futuros del señor Perez vendrán sin duda, a ser el mejor comprobante de su rectitud i patriotismo: el país así lo espera.

La oposicion se apropia el candidato.

Pero lo que hai de estraño es la actitud que tomo respecto del señor Perez el partido que ántes se llamó oposicion i que hoi no sabemos como dominarlo. Tan luego como subió a la Presidencia el candidato de la administracion pasada, es decir, el candidato del señor Montt, gritó aquel partido de voz en cuello: “hemos triunfado”.....

Para poder decir: “el señor Perez es nuestro condidato;” era necesario suponer de hecho que la opcsicion contaba con mas sufragios para hacerlo elejir i con influencias para elevarlo: era necesario confesar, en una palabra, que la eleccion no habria sido arbitraria, que la administracion Montt no se habia apoderado de las calificaciones i que el acto habia pasado en completa libertad i sin que interviniera en nada i para nada la autoridad: era necesario afirmar lo que no ha existido jamas. Pero con tal de agradar al hombre, con tal de atraérselo ¿qué significa una contradiccion? Este cálculo, que es el cálculo de los pordioseros políticos, ha sido puesto en planta, no habiéndose omitido nada para que produzca el efecto deseado, es decir, para que el Presidente Perez los tome en su gracia, i anatematice aquellos que lo elijieron verdadera pero arbitrariamente.

Es cosa singular, i que no puede ménos de sorprender a todos los que imparcialmente juzguen de la situacion del país, el afan que toma el partido contrario al señor Montt para ensalzar al señor Perez, sin comprender que el Presidente a quien victorean es hechura de aquel a quien cristican; que el hombre a quien denominan libertador, ha sido nombrado por aquel a quien llaman tirano; i que el sujeto a quien recibe el pueblo con palmas levantándole arcos de triunfo, es a quien le señor Montt, hoi escarnecido i vilipendiado, hizo Presidente de la República.

Ahora bien, si hemos recibido un beneficio con la elección del señor Pérez; ¿por qué zaherir a quien nos dió ese beneficio? Si con esa elección ha ganadó el país; ¿por qué desconocer la fuente de donde emana la ganancia? Obrar de otro modo es lo mismo que castigar a quien nos hace bien, o dar de bofetadas a quien nos favorece, lo cual, en nuestro entender, es contrario a toda noción de equidad, a todo principio de justicia; pero no es opuesto, como por desgracia lo estamos viendo, a la táctica de los partidos.

Si se quiere agradar al señor Pérez. ¿Cómo se pretende conseguirlo insultando al hombre a quien él debe su elevación? Suponer esto, es suponer mui bajos sentimientos en el individuo, i no tenemos todavía motivo para juzgar de esa manera.—Quererlo empujar a que condene a personas con las cuales ha fraternizado, i a que condene actos que él mismo ha aprobado, es creerlo inconsecuente: es dar a entender que es un hombre sin carácter i sin conciencia, sin fé i sin principios, sin convicción i sin voluntad:—es suponerlo un autómeta.

Pensar que el señor Pérez se complazca de los insultos que dirijen al señor Montt i que apruebe las acusaciones que se le hacen es suponerlo lleno de falsía i doblez, porque así se da lugar a que el público crea que obró de una manera mui distinta ántes de subir al puesto que cuando lo obtuvo:—da lugar a que piense que la conducta del primer majistrado es inconsecuente i contradictoria.

Si la oposion se apropió al candidato i quiere atraerse al Presidente, que obre con dignidad, que obre con nobleza i nadie le disputará el triunfo, porque su triunfo implicaría el bien del país;—pero que para granjearse su voluntad haga revivir los odios, i quiera por medio del ejercicio de una cobarde venganza captarse las simpatías del Jefe Supremo del Estado, es inconcebible, porque esa táctica es indigna i absurda: indigna, en cuanto no demues-

tra hidalguía; i absurda, por que no puede concitarle otra cosa que el desprestijio en la opinion i la censura en el Majistrado.

¿Cree la oposicion que bastan algunas alabanzas exajeradas, algunas ovaciones, algunos bailes, algunas comidas, algunos brindis para arrancar las convicciones que puede i debe tener el Presidente de la República? Nosotros creemos que no; porque el que ha manifestado el propósito de gobernar sin partidos, no puede ni debe aparacer como el juguete de uno de ellos ni patrocinar sus aspiraciones. El objeto manifesto del señor Pérez es trabajar por la reconciliacion para conseguir la armonía: esto es lo que él ha dicho, lo que él ha prometido, i lo que la Nacion espera que cumpla.

De consiguiente, ya es tiempo que, en lugar de soplar el fuego de los resentimientos, atizando los odios i aguzando las venganzas que no pueden conducirnos a otra cosa que a la revolucion i a la anarquía, trabajemos por plantear la concordia para que con ella venga la paz que todo lo anima i fecundiza.

Si el señor Montt ha errado, el señor Perez, aleccionado por la esperiencia, acertará; pero disculpemos a aquel i esperemos de éste, sin ser tan pródigos de insultos para con el primero ni de alabanzas para con el segundo.

Analícese, si se quiere, las faltas del señor Montt para que sepa conducirse el señor Perez, pero sin crítica amarga i sin adulacion servil, porque tanto lo uno como lo otro nos deshonra, denigra i corrompe.

Aprendamos a ser prudentes si queremos llegar a ser justos, porque este es el único medio de conseguir la tranquilidad que es la fuente principal del progreso i la base única que puede servir de apoyo a la democracia i a la República.

FIN.

INDICE.

	Pájs.
INTRODUCCION.....	5
Los pelucones, sus ideas i su dominacion.....	10
La eleccion del señor Montt i su poca grandeza.....	13
Ruptura del Gobierno con el partido pelucon.....	20
Cuestion Arzobispal i debilidad del Gobierno.....	22
La amnistía.....	24
La oposicion, su prensa i su Congreso.....	27
La revolucion sin principios.....	33
Terquedad gubernativa.....	34
El abuso de la fuerza i sus consecuencias.....	47
La revolucion triunfante es la anarquía.....	50
Calificaciones i sus abusos.....	53
La protesta del señor Varas.....	58
Elevacion ilegal del señor Perez.....	62
La oposicion se apropia el candidato.....	67
